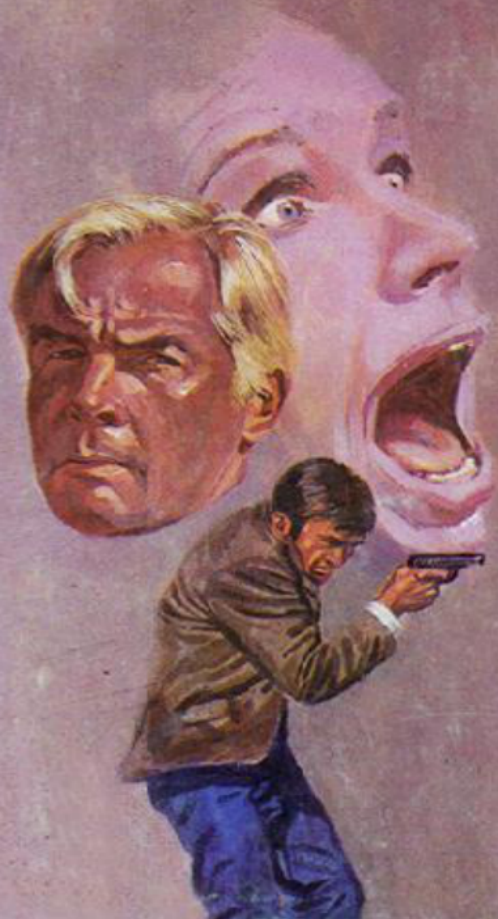
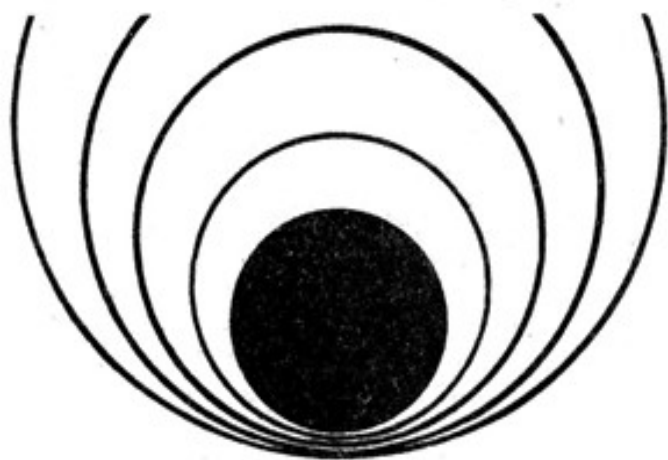




**MIL PARES
DE OJOS**

Clark Carrados





PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.713 — Socio del enterrador.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.572 — Una cueva de ladrones.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.058 — Sed de odio, sed de sangre.
- En Colección CALIFORNIA:
812 — Abogado de revólver.
- En Colección KANSAS:
1.030 — Derrota y victoria.
- En Colección BRAVO OESTE:
626 — Clave para el asesino.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
818 — El fin de la cuenta.
- En Colección ASES DEL OESTE:
635 — Las siete chicas de oro.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
138 — Contratados para morir.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
— Destinos ardientes.
- En Colección PUNTO ROJO:
965 — El asesino inventa su crimen.
- En Colección COLORADO:
1.069 — Unidos por el odio.

CLARK CARRADOS

MIL PARES DE OJOS

Colección PUNTO ROJO n.º 966

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 26.040 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1980

© Clark Carrados - 1980

texto

© Jorge Sempere - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

CAPITULO PRIMERO

Estaba todavía semiinconsciente, ya que aún no se habían disipado los efectos de la droga que le habían propinado. Cleo de Winterhurst tardó un buen rato en darse cuenta de lo que sucedía.

Entonces, se encontró en un cubículo de paredes de metal, el suelo de tierra y las ventanas completamente tapadas por planchas del mismo metal. No obstante, había luz y procedía de una lámpara eléctrica colgada del techo.

Delante de ella había un hombre alto y fornido, vestido con ropas azules de mecánico, pero con la cabeza completamente tapada por un capuchón negro, en el que sólo se abrían los orificios para los ojos y la boca. Pero ésta quedaba oculta por un vendaje similar a la mascarilla aséptica usada por los cirujanos en el quirófano y, en cuanto a los ojos, estaban cubiertos por unos gruesos cristales de color oscuro. Finalmente, las manos quedaban enguantadas y era imposible adivinar la identidad del secuestrador.

Porque a Cleo ya no le cabía la menor duda de que estaba secuestrada. En torno a su tobillo derecho tenía una argolla, unida a una larga cadena de hierro, cuyo extremo opuesto quedaba sujeto a una anilla, la cual era el remate de una corta barra del mismo metal, hundida, al parecer, profundamente en el suelo.

A su derecha divisó una manta doblada, una lata y una pequeña caja de plástico. Entonces fue cuando el hombre empezó a hablar:

—Estarás aquí hasta que paguen por ti los dos millones de dólares que he pedido por tu rescate. Tienes dinero en abundancia y podrías pagar sin dificultad treinta o cuarenta veces más, pero me conformaré con la cifra mencionada. Ya me imagino que vas a negarte al pago de ese rescate, pero creo que cambiarás de opinión dentro de tres días. Tienes una manta, un par de litros de agua y tres bocadillos. Dentro de setenta y dos horas, pasadas en la más absoluta soledad, accederás a

escribir una carta ordenando a tus abogados que paguen el rescate. No grites, porque estás en un lugar completamente solitario, y nadie te oirá. La pila de la lámpara tiene una duración de seis horas, si se la hace funcionar ininterrumpidamente, pero podrás descolgarla para apagarla, a fin de tener luz en momentos que pueda interesarte.

El encapuchado se dirigió hacia la puerta. De pronto, pareció recordar algo y volvió junto a la prisionera, que no había pronunciado una sola palabra todavía. Le quitó el reloj y se lo echó al bolsillo.

—Sin reloj, antes de veinticuatro horas, empezarás a perder la noción del tiempo. Eso es muy conveniente para que tu ánimo se «ablande» un poco —dijo.

Cleo continuó guardando silencio. La voz del secuestrador le parecía vagamente conocida, aunque era evidente que la máscara que cubría su boca desfiguraba considerablemente sus inflexiones. Por supuesto, tenía que ser alguien a quien conocía, aunque, por el momento, no se sentía capaz de identificarle. Extrañamente serena, le vio abrir la puerta, al otro lado de la cual se divisaba la oscuridad de la noche, y desaparecer sin más comentarios.

Cleo estaba todavía sentada en el suelo y se puso en pie. Fuera oyó ruido de cerrojos. Caminó unos pasos, pero el grillete la detuvo muy pronto. Estiró el brazo derecho. No, no podía alcanzar la puerta.

Descolgó la lámpara y miró a su alrededor. Colocó la manta doblada en un ángulo de la caseta, se sentó, apagó la luz y empezó a reflexionar sobre su situación.

¿Aguantaría tres días sin que su mente se resintiera?

¿Debía ceder ante las pretensiones del secuestrador? Si se mantenía firme, era capaz de continuar reteniéndola en aquel lugar por tiempo indefinido. Y aunque detestaba la idea de tener que pagar por su libertad, aunque sabía que la suma pedida no haría apenas mella en su fortuna, empezó a pensar que acabaría rindiéndose y comprando su libertad al nada barato precio de dos millones de dólares.

* * *

Montó el caballete, colocó la tela, abrió la caja de pinturas y se sentó en el taburete plegable, dispuesto a terminar el cuadro que había empezado pocos días antes. Quizá no era un paisaje demasiado atractivo, pero a Gabe Dulley le gustaba y era suficiente.

Puso algunos colores en la paleta y preparó uno de los pinceles. Tendió la mirada sobre el panorama y, cuando se disponía a dar la primera pincelada, vio algo que la víspera no estaba en aquel lugar.

Dulley se quedó con la mano en alto, suspendida la respiración. Miró un instante el paisaje, comparó detalles y luego volvió los ojos hacia la tela.

Aquella cosa debería haber quedado reflejada en el cuadro si hubiera estado allí el día anterior. Pero no, no estaba. Dulley recordaba muy bien el grueso roble que había un poco a su izquierda, mirando las cosas desde el lugar en que se encontraba. La cosa de color anaranjado vivo debería haber estado ya, junto al roble, como estaba ahora.

Y no era así. ¿Quién diablos había tenido la ocurrencia de plantar allí un armatoste semejante?

La distancia que le separaba era de unos ciento cincuenta metros. Dulley se puso en pie. Quizá encontrase alguna inscripción que pudiera indicarle la dirección del propietario del cubículo. Si alguien pensaba que podía iniciar unas obras en aquel lugar, de cualquier clase que fueran, estaba muy equivocado. Aquellas tierras tenían un dueño y era él.

Dejó a un lado paleta y pincel y avanzó hacia la caseta. Muy pronto apreció que era una construcción desmontable, por elementos, semejante a las usadas en las obras para guardar herramientas. La única diferencia era que las ventanas estaban cubiertas por planchas de hierro que impedían la visión de lo que había en su interior.

La caseta había sido levantada en una pequeña ladera, a la que procedía accederse con cierta facilidad. Pero el autor de la construcción había utilizado sin duda un «todo terreno». Aún se veían las huellas en el suelo, a corta distancia: tierra removida por los gruesos neumáticos y hierbas tronchadas o aplastadas.

La puerta estaba cerrada con llave. Agarró el asa y lo sacudió con fuerza. La estructura metálica de la caseta vibró suavemente.

De súbito, Dulley oyó el sonido más inesperado que pudiera sospechar en aquella situación: la voz de una mujer.

—¿Quién anda ahí? —preguntó ella.

Dulley respingó primero. Luego contestó:

—Señora, tenga la bondad de abrir. Está usted en terrenos que no le pertenecen. Esta caseta ha sido levantada sin mi autorización y no puede permanecer aquí.

—Lo siento —contestó Cleo—. No puedo abrir. Estoy encadenada al suelo. Me han secuestrado.

Dulley abrió la boca.

—Bromea, señora.

—Le juro que es cierto. Oiga, soy Cleo de Winterhurst. Me han encerrado aquí para pedirme un fuerte rescate. Sáqueme y le pagaré cien mil dólares.

—¿Ha dicho Winterhurst?

—Sí. ¿Me conoce usted?

—De oídas. Y también de vistas —sonrió Dulley—. Bueno, señorita, voy a ver qué puedo hacer. ¡Ah!, yo me llamo Gabriel Dulley.

—Encantada, señor Dulley.

—Es un placer, señorita Winterhurst.

Dulley se echó a reír. «Mira que dedicarnos ahora a cultivar las buenas maneras...», pensó.

Sacudió la puerta, pero no pudo abrirla. Miró a su alrededor y no tardó en divisar una gruesa piedra a poca distancia.

—Espere, voy a ver si rompo la cerradura —gritó.

Agarró la piedra y empezó a golpear la puerta. Unos minutos más tarde, se oyó un fuerte chasquido.

Dulley abrió. La luz del día penetró a raudales por el hueco. Cleo, en pie, le miró con los ojos muy abiertos.

—Señor Dulley, aunque no tenga alas, ofrece usted todo el aspecto de un ángel salvador —dijo.

Dulley se echó a reír. Cleo era una hermosa muchacha, de buena estatura y espléndida silueta, que vestía en aquellos momentos una especie de blusa, sin hombreras, y pantalones muy ajustados, negros, con adornos de plata. Los zapatos, de tacón muy alto, hacían juego con los pantalones.

—No me mire así —añadió Cleo—. Me secuestraron después de una fiesta.

—Dispense, señorita. Como puede comprender, estoy muy sorprendido. Pero vamos a ver si podemos liberarla de su encierro.

Dulley se dio cuenta de que sólo con las manos no podría romper el grillete, por lo que pensó sería mucho mejor arrancar la barra rematada en la anilla. Sus esfuerzos, sin embargo, resultaron inútiles.

—Está muy bien clavada —dijo—. Pero quizá... Un momento, por favor.

Dulley volvió a salir de la caseta. A los pocos momentos, volvió con una piedra plana, puntiaguda, con la que empezó a excavar el suelo en torno a la barra de anclaje.

—De modo que la han secuestrado, ¿eh?

—Así es, señor Dulley.

—¿Tiene idea de quién lo ha hecho?

—No. Pero pide dos millones. Es decir, pensaba dejarme aquí tres días, a fin de conseguir que me desmoralizase. Entonces, volvería y me haría escribir la carta pidiendo el dinero del rescate.

—Comprendo. Pero, ¿por qué tuvo que traerla aquí?

—Dijo que era un lugar solitario y que nadie sabría que estaba encerrada en estos parajes, es todo lo que puedo decirle.

—Señorita, no sé quién es el secuestrador, pero sí puedo decirle que es un chapucero. Mi casa está a menos de quinientos metros. A tres kilómetros escasos hay un pequeño pueblo, Herndon Bluffs y... Claro que, si se mira desde el otro lado, sí, esto parece absolutamente desierto...

De pronto, Dulley lanzó una maldición. Cleo se alarmó.

—¿Qué sucede?

—Mire —contestó él.

Cleo fijó la vista en el lugar que Dulley señalaba con la mano y lanzó un gemido.

—¡Oh, Dios! ¿Qué vamos a hacer ahora? —exclamó.

Dulley, arrodillado, contemplaba la losa de cemento, a la cual había sido encastrada por el otro extremo la barra con la anilla. La losa media medio metro de lado y tenía un grosor de diez o doce centímetros.

Había sido enterrada a unos cuarenta centímetros de profundidad. Dulley excavó un poco más y hurgó con la mano por debajo de la losa.

—La barra está doblada en dos, abierta como las ramas de un árbol, de modo que no se pueda sacar a tirones. —dijo—. Claro que si dispusiera de un martillo y un cortafríos...

De pronto, se pegó una palmada en la frente.

—Ya tengo la solución —exclamó.

Sentado sobre sus talones, miró a la muchacha y sonrió.

—Cargaré con la losa y nos iremos a mi casa —continuó—. En el pueblo hay un herrero muy amigo mío. Iré a buscarle y lo traeré con las herramientas necesarias para cortar el grillete. ¿Le parece bien?

—Magnífico —aprobó Cleo. De pronto, exclamó—: Oiga, ¿sabe que su nombre también me resulta conocido?

—Sin duda, ha leído las informaciones sobre el caso Kearson —respondió él.

—Sí, eso es. Usted es el abogado que consiguió demostrar la inocencia de Kearson, cuando todo el mundo le creía culpable. Fue una magnífica labor, señor Dulley.

—Gracias. Costó un poco, en efecto, pero valió la pena.

—Sin embargo, la fama de Kearson no es muy buena.

—En este caso, era inocente. De otro modo, no habría accedido a defenderle —contestó él.

—Oh, dispense...

—No se preocupe.

Dulley agarró la losa con ambas manos y la levantó a pulso. Cleo se sintió admirada al ver la potencia muscular del joven.

—Parece que las leyes son compatibles con la fuerza física —dijo.

—Las leyes son algo adquirido con los años. La fuerza física es de nacimiento —contestó él festivamente—. Bueno, tendremos que caminar despacio, pero sólo son quinientos metros. ¿Empezamos ya?

Cleo asintió. Al hallarse fuera, tendió la vista por el paisaje.

—No veo su casa —observó

—Está al otro lado de aquella loma, muy escondida en una especie de cañada, protegida de los vientos del Norte y orientada al Sur. El

pueblo queda detrás de aquellas colinas y tampoco se ve. Temo que su secuestrador no estudió bien el mapa de la zona, señorita Winterhurst.

—Eso mismo pienso yo. Por supuesto, señor Dulley, le pagaré los cien mil dólares prometidos...

Dulley se volvió bruscamente hacia la muchacha.

—Si vuelve a decir una cosa semejante, la encerraré de nuevo —exclamó.

Cleo sonrió deliciosamente.

—Sólo quería mostrarle mi agradecimiento...

—Diga «gracias» solamente. Es más que suficiente —contestó él.

CAPITULO II

Vernon Spears abrió la puerta y retrocedió en el acto, empujado por la pistola que manejaba uno de los dos hombres que estaban en el umbral. El segundo cerró cuidadosamente, después de penetrar en el apartamento.

Spears se puso lívido.

—¿Qué... qué es lo que desean? —preguntó.

—Una cosa muy simple: información —dijo el del revólver.

—¿Información? Pero... ¿sobre qué?

El otro adelantó un paso.

—¿Dónde está la chica? —inquirió.

—¿Qué chica? —gritó Spears—. No sé de qué me están hablando...

—Mátalo, Rade —ordenó el sujeto.

La pistola se elevó amenazadoramente. Lleno de pánico, Spears extendió las manos, en un gesto desesperado.

—¡Esperen! —chilló—. No... no sean impacientes, caramba. Pero, ¿por qué diablos quieren...?

—Te vimos que la secuestrabas —contestó el sujeto que no llevaba armas—. Pensamos seguirte, pero tuvimos un pinchazo inoportuno y perdimos tu pista. Es una pieza muy valiosa y queremos sacar provecho del asunto, eso es todo.

Spears se pasó una mano por la cara, húmeda a causa del sudor que le producía la situación.

—Maldita sea... Ustedes también...

—No hables tanto y contesta. ¿Dónde está?

—En... Bueno, ustedes no sabrían ir...

—Entonces, haznos un mapa.

Spears dudó un momento. Luego fue hacia un escritorio situado en un rincón de la sala y se procuró un papel y un lápiz. Mientras trazaba el croquis, pensaba en el revólver que tenía en el cajón derecho de la mesa. Dos hombres habían estado antes y les había engañado. Pero no había podido utilizar el arma.

Con el rabillo del ojo estudió a los intrusos. Si pudiera derribar primero al del revólver...

Pero tendría que matar a estos dos o se le estropearía el mejor negocio que había ideado en toda su vida. Nadie más debía saber que Cleo estaba secuestrada. Diría que habían entrado a robarle y...

Al cabo de unos segundos, levantó el papel con la mano izquierda.

—Ya está —dijo.

Su mano derecha empezó a deslizarse hacia el cajón. En el mismo instante, oyó un sonido que le puso los pelos de punta: el revólver del intruso se había amartillado.

Empezó a volver la cabeza, lleno de pánico. Entonces fue cuando recibió el proyectil encima de la ceja izquierda. Ni siquiera se dio cuenta ya de que daba un salto convulsivo, antes de desplomarse al suelo.

Una mano enguantada se apoderó del croquis. Luego, los dos sujetos desaparecieron tan silenciosamente como habían llegado.

—Daremos un buen golpe —dijo uno.

—Para «retirarnos» ya —contestó el otro, riendo desaforadamente.

* * *

Estaba terminando de arreglarse, cuando oyó que alguien llamaba a la puerta de su casa. Cleo percibió la voz de su doncella y, a los pocos instantes, la vio aparecer, muy asustada.

—Señorita, vienen unos policías... Quieren verla a usted...

Cleo frunció el ceño. ¿Policías? Era extraño, se dijo, puesto que todavía no había denunciado el secuestro. Después de que el herrero de Herndon Bluffs cortase el grillete, había acordado con Dulley volver a la caseta y esperar allí la llegada del secuestrador, para sorprenderle con las manos en la masa. Ahora estaba en su casa, preparando algo de ropa, para volver a la casa que Dulley tenía en aquellos parajes y permanecer allí hasta el momento oportuno.

Dulley vendría más tarde a buscarla, era lo convenido. Terminó de vestirse y descendió a la planta baja.

Había un hombre de paisano y dos policías de uniforme. El primero dijo:

—¿Señorita Winterhurst? Soy el sargento Hutchins, de Homicidios.

—Celebro conocerle, sargento. ¿En qué puedo servirle?

Hutchins sacó un papel del bolsillo.

—Señorita, lamento tener que decirle que he venido a arrestarla, acusada del asesinato de Vernon Spears. Añadiré que tiene derecho a permanecer callada si lo desea, pero, si habla, todo lo que diga podrá ser utilizado contra usted en el juicio. Tiene derecho a un abogado...

—¡Espere un momento! —cortó Cleo—. ¿Trata de decirme que el señor Spears está muerto?

—Así es, señorita, y todos los indicios recaen sobre usted. Por tanto, cumpliendo con mi obligación, debo llevarla a Jefatura, en donde permanecerá arrestada provisionalmente, mientras realizamos las los trámites indispensables. No desearía esposarla, señorita, pero ha de

comprender que cumplimos con nuestro deber...

Cleo reflexionó rápidamente. Spears había muerto asesinado. Ella aparecía como culpable. Se sentía sorprendida más aún que dolorida por aquella muerte. Y comprendía muy bien que las apariencias estuviesen en su contra, pero no acababa de entender por qué Spears había tenido que ser asesinado.

De pronto, levantó una mano:

—Sargento, ha dicho antes que tengo derecho a un abogado.

—Es la ley, señorita —respondió Hutchins.

—Bien, en tal caso, ¿me permite hacer una llamada desde mi propia casa?

—No hay inconveniente —accedió Hutchins.

* * *

El sargento Hutchins y Dulley eran viejos conocidos. Dulley estaba sentado frente a su amigo.

—¿Puedo saber en qué te basas para acusar a Cleo del asesinato de Spears, Danny?

Imposible, Hutchins señaló algunos objetos que había sobre la mesa tras la cual se hallaba sentado:

—Primero, el revólver. Le pertenece y está registrado a su nombre. Balística ha comprobado que la bala que mató a Spears salió de este revólver.

—Sigue, Danny.

—Segundo: Cleo perdió allí un guante. Lo encontramos a pocos pasos del cadáver. Tercero: hay testigos de la violenta discusión que se produjo entre ambos hace dos días, durante una fiesta a la que habían asistido juntos. Cleo se puso muy furiosa y le dijo una serie de frases amables, que bien pueden tomarse como amenazas. Y, cuarto, hay un testigo que la vio entrar en la casa a la hora aproximada en que se cometió el crimen.

Dulley sonrió.

—Y, dime, Danny, ¿a qué hora se cometió el crimen?

—El forense ha establecido que aproximadamente a las once de la mañana. Cleo fue vista pocos minutos antes. El testigo la vio entrar en el apartamento de la víctima y salir un par de minutos más tarde. Iba como loca, totalmente enajenada...

—Creo que exageras un poco, Danny —sonrió Dulley—. Bien, aunque ignoro los motivos por los que fue asesinado Spears, te diré que mi cliente es inocente de ese asesinato. El asesino pudo robarle muy bien su revólver y hasta un guante, para dejarlos en el lugar de los hechos. No voy a negar la discusión que se produjo entre ella y Spears, pero sí negaré rotundamente que un testigo la haya reconocido

poco antes de las once de la mañana. Simplemente, ella no estaba en la ciudad.

Hutchins arqueó las cejas.

—Ya. Estaba en Hawai...

—No seas sarcástico, Danny. Cleo ha estado en mi casa de campo desde las nueve de la mañana, hasta las dos de la tarde. Pero, ¿considerarías interesada una coartada proporcionada por Mike Quentin, herrero de Herndon Bluffs?

El policía respingó.

—¿Qué diablos tiene que ver un herrero de pueblo con tu cliente?

Dulley se lo explicó. Luego sacó un papel y se lo tendió al policía.

—Llama a Quentin —aconsejó—. Pregúntale qué ha hecho en mi casa de campo desde las diez menos cuarto, aproximadamente, hasta las doce del mediodía.

Hutchins apretó los labios. Dudó un momento y acabó por levantar el teléfono.

* * *

Eran cerca de las diez de la noche cuando Dulley abrió la portezuela de su coche para que Cleo entrase en él. Dulley dio la vuelta y se sentó tras el volante.

—¿Cómo se siente? —preguntó, después de arrancar.

—Horriblemente, Gabe.

—Me lo imagino. No debe de resultar agradable saber que el hombre a quien se ama está muerto y que se es acusada de su asesinato. ¿Tiene alguna idea de quién pudo hacerlo?

—Lo siento.

Cleo estaba muy deprimida, apreció Dulley.

—Es un caso difícil, en efecto —dijo él.

Callaron durante un buen rato. Luego, Cleo, de pronto, exclamó:

—Gabe, ¿puedo pedirle un favor?

—Por supuesto. Lo que sea, Cleo.

—Me siento muy deprimida. Nunca me había visto en una situación semejante.

—Es comprensible. Bien, dígame qué quiere y procuraré complacerla.

—Déjeme la llave de su casa de campo.

—Pensaba que íbamos a esperar al secuestrador...

—Creo que ya no lo veremos... vivo.

Dulley frunció el ceño.

—No entiendo —respondió.

—Gabe, sospecho que fue él quien me secuestró. Por tanto, no acudirá.

—¿Qué le hace sospechar de Spears?

—No lo sé aún. Digamos... intuición femenina. Pero sé que estaba lleno de deudas y que no sabía adonde volverse.

—Dos millones hubieran solucionado sus problemas, ¿eh?

—Y, además, le habrían servido para marcharse del país.

—¿Adonde?

—Eso ya no lo sé. Pero no se hubiera ido solo, créame.

—Empiezo a sospechar que había otra mujer en su vida. ¿Me equivoco?

—No. Pero no la conozco.

—Entonces, ¿cómo sabe...? Oh, no me lo diga. Intuición femenina... un pelo de mujer en la solapa del traje, otro perfume...

—Sí. Y también manchas de carmín en el cuello de la camisa.

—Entonces, por eso discutieron durante la fiesta.

Cleo asintió.

—Confieso que perdí los estribos —dijo—. Claro que ayudada por un par de copas. Le dije cosas horribles... pero se las merecía.

—Y, sin embargo, no rompió con él.

—Juró que abandonaría a la otra. Eso confirmó mis sospechas.

—¿Tan enamorada estaba de él?

Cleo desvió la mirada.

—Supongo que, en ocasiones, una mujer pierde la cabeza por alguien que no lo merece —murmuró.

—Está bien, no se preocupe. Le daré la llave, pero tendrá que venir conmigo a por el «todo terreno». Allí no se puede llegar en un coche corriente.

—Gracias, Gabe. Es diminutivo de Gabriel, ¿no?

—Sí, aunque no soy precisamente un arcángel —sonrió Dulley.

—Es un hombre decente y eso es lo que cuenta —declaró la muchacha.

Media hora más tarde, Dulley entregaba las llaves del «jeep» a Cleo.

—Si necesita algo, llame a Quentin, el herrero —aconsejó.

—Gracias, Gabe.

—Es muy tarde ya. ¿No preferiría, de todos modos, ir mañana, con luz del día?

Cleo hizo un gesto negativo.

—Necesito estar a solas durante algunos días, completamente aislada de la gente —respondió.

—Pero me permitirá visitarla el próximo fin de semana.

—Claro, Gabe.

—Entonces, váyase y procure volver a la normalidad.

Ella hizo un leve gesto de despedida y accionó el contacto. Dulley permaneció todavía unos instantes en la calle, hasta que vio desaparecer en lontananza las luces rojas del vehículo.

Luego entró en su casa. Puso whisky en un vaso, se sentó en un diván y empezó a reflexionar.

Presentía que Cleo se había convertido en el centro de una conspiración de vastos alcances, pero ignoraba en absoluto quién podía estar detrás de aquel caso, que no aparecía nada claro. Intentaría averiguarlo, se dijo.

CAPITULO III

Llamó a la puerta y esperó unos momentos. Al fin, alguien le miró recelosamente a través de una estrecha rendija.

—No deseo comprar nada y tengo todos los seguros habidos y por haber —declaró el sujeto.

Dulley sonrió.

—No vengo a venderle nada, señor Sharkey —manifestó—. Sólo deseo hacerle unas preguntas en relación con el asesinato de Spears.

—¿Periodista? —preguntó Robert Sharkey.

—Dulley, abogado.

—Está bien, pase.

Dulley cruzó el umbral. Estudió a Sharkey durante unos segundos. Mediana edad, tal vez ya retirado, sin ambiciones, amigo de curiosear todo lo que hacían sus vecinos... El apartamento era más bien modesto y el de Spears, pensó, no sería mucho mejor. Se comprendía que Spears hubiera querido «cazar» a la rica heredera que era Cleo y que, descubiertos sus amoríos con otra mujer, hubiese recurrido al secuestro para su propio beneficio.

—Usted declaró a la policía que había visto a la autora del asesinato —dijo al cabo.

—Sí, la vi.

—¿Puede describirla, señor Sharkey?

—Era una joven alta, muy bien vestida, rubia... aunque llevaba lentes de color...

—¿Se fijó en algún detalle de su indumentaria?

Sharkey pareció meditar unos instantes.

—El vestido era blanco, con toques azules —dijo al cabo—. Elegante, pero veraniego. Ah, el bolso y los zapatos iban a juego. De eso sí me acuerdo perfectamente.

—Pero no le vio los ojos.

—No, claro. Ya le he dicho que usaba lentes de color.

—¿Vio a la acusada en la jefatura?

Sharkey asintió.

—En efecto.

—Y dijo que era ella la mujer que había visto entrar en el apartamento de Spears.

—Bueno, era extraordinariamente parecida. Pude haberme

confundido, claro...

—La policía dijo que usted la identificó sin lugar a dudas.

—Pues sí, yo creo que fue ella...

—Ah, lo cree. Pero no está absolutamente seguro.

Sharkey vaciló.

—¡Sí, fue ella! —gritó al cabo, un tanto descompuesto.

Dulley empezó a dudar de la honestidad del testigo. Lanzó una mirada a su alrededor y, de pronto, divisó una estantería repleta de botellas que aún no habían sido abiertas.

Al fondo, en un rincón, había una caja de champaña, todavía sin abrir. Aquel lujo de bebidas no compaginaba demasiado con la modestia del apartamento.

Una súbita sospecha se infiltró en su mente. De pronto, se arrojó sobre el sujeto, lo agarró por un brazo y se lo retorció, haciéndolo girar en redondo, de modo que quedase vuelto de espaldas a él.

Sharkey protestó desesperadamente.

—¡Suélteme! —chilló—. ¿Qué está haciendo? ¡Usted no tiene derecho a hacer una cosa semejante...! ¡Suélteme o llamaré a la policía!

Inflexible, Dulley registró al sujeto, hasta encontrar lo que quería. Luego lo lanzó al diván de un violento empujón. En su mano derecha había un rollo de billetes de cien dólares.

—De modo que «era» la señorita Winterhurst —dijo acerbamente—. ¿Quién le dio este dinero? ¿Quién le pagó para que mintiera?

Sharkey no contestó. Tenía la frente cubierta de sudor y su rostro aparecía ceniciento.

—Está bien —continuó Dulley—. Yo no puedo obligarle a que hable, pero otros sí pueden hacerlo.

Retrocedió unos pasos, levantó el teléfono y marcó un número. Después de esperar unos segundos, oyó una voz conocida.

—¿Danny? Soy Dulley. Escucha, tengo un trabajito para ti... No, no me digas que estás ocupado... Sharkey, el hombre que declaró reconocer a Cleo Winterhurst, mintió. Le sobornaron para que declarase que era ella la que había estado en el apartamento de Spears... Ah, eso no lo sé, pero tú podrías preguntárselo, ¿no crees? ¿Que si tengo pruebas...? Maldita sea, tiene la casa repleta de bebidas caras... ¡y le he encontrado dos mil dólares en los bolsillos! ¿De dónde un tipo que vive no sé si de su retiro o del subsidio de paro va a sacar tanto dinero? ¿Cómo pudo reconocer a Cleo si llevaba gafas oscuras?

Hutchins se rindió al fin.

—Está bien, iré ahora mismo —dijo.

Dulley colgó el teléfono. Miró a Sharkey y éste levantó las manos.

—De... de acuerdo... Se lo diré —gimoteó—. Me ofrecieron ese dinero... Tres mil dólares. Pagué algunas deudas, compré las bebidas...

Me aseguraron que era ella la asesina y, cuando la vi, me resultó tan parecida...

—Vamos, que estimularon sus deseos de cooperación con la justicia —dijo Dulley cáusticamente—. ¿Quién fue?

—No le conozco, no le había visto en mi vida. Era un hombre gordo, bajito, muy amable y sonriente, medio calvo... Ni siquiera sé cómo se llama... Pero se mostró tan atento y cortés... Dijo que podría ayudar a solucionar mis dificultades económicas...

Skarkey casi lloraba.

—¡Maldita sea... No sé por qué se me ocurrió meterme en todos estos jaleos...!

—Yo sí lo sé, por dinero —gruñó el joven.

¿Qué se tramaba contra Cleo? ¿Por qué querían involucrarla en un asesinato?, se preguntó.

Dejó el dinero sobre una consola y se marchó. Sharkey quedó en el mismo sitio, aturdido y lleno de aprensiones. Aunque su declaración no había sido formulada ante un tribunal y, por tanto, no se le podía acusar de perjurio, sí se veía en un serio aprieto, al haber dicho una falsedad. Empezó a pensar en la conveniencia de abandonar la ciudad por una temporada.

Preocupado como estaba, no vio que la puerta se abría lentamente unos centímetros. Una mano enguantada en negro asomó por la abertura, empuñando un revólver de cañón corto con silenciador.

Sharkey empezaba a levantarse cuando el revólver hizo su primer disparo. El impacto le arrojó hacia atrás, retorciéndose convulsivamente.

El asesino disparó de nuevo. Los movimientos de Sharkey cesaron en el acto. Lentamente, se inclinó a un lado y quedó quieto, con una mano colgando fuera del diván.

* * *

Andrea Garnett era una antigua conocida suya. Tenía unos treinta y cinco años, un rostro que rebosaba malicia y, cuando quería, sensualidad, y un cuerpo con infinitud de atractivos. Además, poseía una gran experiencia en ciertos aspectos de la vida.

Dulley lo sabía muy bien. Sonriendo, recorrió con los ojos la curvilínea silueta de Andrea, mientras ella se sometía sonriendo al examen. Luego, Dulley dijo:

—No has cambiado, afortunadamente. Estás tan «comestible» como siempre.

—¿Te sientes antropófago? —rió Andrea, mientras le preparaba un trago.

—Me siento hambriento... de información.

—Me decepcionas, Gabe. Pensé que habías venido buscando otra cosa.

—Podría decir que todo se puede compaginar, pero te mentiría y eso no me gusta contigo. Tengo bastante trabajo, aunque te prometo una velada cuando se haya despejado mi horizonte.

—Está bien, me resignaré. —Ella le entregó el vaso—. ¿De qué se trata, Gabe?

—Es bajo, gordito, medio calvo y sonrío casi continuamente. Muy amable y cortés. Debe de tener entre cuarenta y cincuenta años. ¿Te recuerda a alguien conocido?

Andrea meditó un instante.

—Lo tengo —contestó por fin.

—Bien, suéltalo ya.

—Clay Eckner, alias el Suave.

—Oh... ¿Qué hace?

—Su trabajo se podría calificar de «diplomacia». Visita a las personas en apuros, les hace proposiciones de declarar en un sentido u otro... Es muy persuasivo, sobre todo, teniendo en cuenta que siempre acompaña sus propuestas con un buen fajo de billetes. Pero cuando el dinero falla, empieza a hablar de lo bella que es la vida, de las cosas tan horribles que le pueden suceder a una persona que se niegue a cooperar... Te aseguro que siempre consigue lo que desea.

—Es decir, se dedica a la compra de testigos.

—Y a la intimidación y al chantaje, aunque por cuenta de terceros. Pero nunca he sabido para quién trabaja, lo lleva tan secreto como si estuviese construyendo una bomba atómica.

—En resumidas cuentas, Eckner es un intermediario.

—Tremendamente eficaz, Gabe —aseguró Andrea—. Además, tiene un par de ayudantes que completan su trabajo en ocasiones. Clay se marcha y a poco aparecen los ayudantes y la persona que se ha negado a cooperar acaba en el hospital. Lo que no puedo decirte es el nombre de los ayudantes.

Dulley acarició el rostro de la mujer.

—¿Te va bien el negocio? —preguntó.

—Este es un negocio que nunca tiene pérdidas —rió ella—. Tú sabes bien por qué, Gabe.

—Lo sé, y es una lástima que no pueda quedarme. ¿Puedes decirme dónde vive El Suave?

—Elms Avenue, dos mil quinientos uno.

—Gracias, hermosa.

Dulley fue a casa de Eckner y perdió el tiempo, porque el sujeto se hallaba ausente. Se preguntó quién le habría encargado sobornar a Sharkey. Debía de ser alguien que se hallaba en un compromiso muy serio. Tres mil dólares no se regalaban así como así... La suma total

habría sido de cinco mil, especuló, de los cuales Eckner se habría quedado con dos mil, a título de comisión personal.

Regresó a su casa. No lejos de ella había un quiosco de periódicos y revistas y compró un diario de la tarde. Entonces se enteró de la muerte de Robert Sharkey.

* * *

Entró en casa, profundamente preocupado. El asesino no había dejado el menor rastro. La policía había encontrado unos dos mil dólares, lo que indicaba que el móvil no había sido el robo.

Dulley sí conocía los motivos del crimen: cerrar una boca que podía resultar comprometedora. Pero el sonido del teléfono cortó en seco sus reflexiones.

Era Cleo.

—Hola —saludó la joven—. ¿Qué noticias tiene para mí, Gabe?

—Oiga, ¿dónde está? ¿No había ido a mi cabaña?

—Sí, claro, pero encontré que faltaban algunas cosas y fui al pueblo de compras. Le estoy llamando desde casa de Quentin. Son una gente simpatiquísima, me han invitado a cenar...

—Lo celebro. Cleo, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Sí.

—Usted tenía un revólver y se lo robaron de su casa.

—Es cierto, Gabe.

—¿Tiene, por casualidad...? —Dulley se echó a reír—. Bueno, por casualidad, no: porque lo habría comprado... Un traje veraniego, blanco, con toques azules y bolso y zapatos a juego. ¿Lo tiene?

—Pues... sí, lo tengo —contestó ella, sorprendida—. Lo compré hace un par de semanas, pero aún no lo he estrenado, porque todavía no estamos en pleno verano. Es un modelo exclusivo, de Dureaux...

—¿Ha dicho modelo exclusivo?

—Sí. El propio Dureaux me aseguró que no había otro, que era una creación personal...

—Eso significa que el conjunto estaba en su ropero.

—Sí, desde luego.

—Está bien, gracias. Iré a verla en cuanto pueda. A propósito, ¿sabe que el hombre que la identificó ha sido asesinado?

Cleo se espantó.

—¿Habla en serio, Gabe?

—Afirmó que era usted la mujer que había estado en el apartamento de Spears, pero lo hizo porque le sobornaron. Pero luego debieron darse cuenta de que resultaba comprometedor y le metieron dos balazos en el cuerpo.

—Oh, Dios mío... Pero, ¿qué está sucediendo...?

—Cleo, alguien la ha tomado como centro de una conspiración, aunque ignoro los motivos. Tratan de hacerle algo y no bueno, pero ahí está segura. No abandone mi cabaña por nada del mundo, ¿entendido?

—Sí, Gabe.

—Es el lugar más seguro. Nadie sabe que está allí. Siga hasta que yo se lo indique.

—Pero... si tengo que comunicarme con usted, ¿cómo lo haré?

—En todo caso, yo llamaré a Quentin, no se preocupe. Ahora, vuélvase a la cabaña... Bueno, después de cenar.

—Sí, lo haré —prometió ella.

—Y no se preocupe —insistió Dulley—. Ahí estará completamente segura. Hasta la vista, Cleo.

Dejó el teléfono sobre la horquilla y encendió un cigarrillo. Lo que sucedía le tenía terriblemente perplejo. No se acusaba a una joven como Cleo sin un motivo muy poderoso, ni se fraguaba una conspiración contra ella sin un objetivo muy definido. Pero, por más que se esforzaba, no conseguía encontrar el motivo y el objetivo.

Sabía algunas cosas de la muchacha. Huérfana de padres desde los siete años, un consorcio de abogados había administrado su inmensa fortuna hasta la mayoría de edad, cosa que había sucedido tres años antes. A partir de aquel momento, la propia Cleo se había hecho cargo de la administración de sus bienes, lo que parecía excluir un posible desfalco. Lo habría sabido mucho antes, se dijo.

Entonces, ¿por qué?

Desanimado, incapaz de resolver el problema por el momento, se fue a dormir.

CAPITULO IV

—Aquí está —gritó Cuttie Wicks.

—Sí, ésta es la cabaña —exclamó Sandie Breggs.

Los dos sujetos se precipitaron hacia el pequeño barracón. Breggs abrió la puerta y lanzó un juramento.

—¡Pero no está!

—Maldita sea... Llevamos casi dos días buscando este condenado escondite y cuando lo encontramos, resulta que el pájaro ha volado.

—Dirás mejor la pájara —contestó Breggs con amargo humorismo.

Wicks salió fuera y contempló el paisaje.

—Las indicaciones no eran muy precisas, por eso nos costó tanto encontrarlo. Pero ahora resulta que ella ha levantado el vuelo y no sabemos dónde puede estar.

—Yo sí lo sé: en su casa.

—Allí no podremos hacer nada.

Breggs apretó los labios.

—El mejor negocio de nuestra vida...

Wick le tocó en el hombro.

—Aquí estamos perdiendo el tiempo —dijo—. Será mejor que regresemos a casita y empecemos a pensar en otra forma de solucionar el asunto.

Breggs asintió. Volvieron al coche. Wick tomó el volante. De pronto, al dar el contacto, observó algo que le hizo sentirse preocupado.

—Tenemos poca gasolina —dijo—. Hemos de repostar cuanto antes, Sandie.

Breggs tenía un mapa en las manos.

—Saldremos de las colinas —indicó—. A mil quinientos metros, tenemos la carretera que lleva a Herndon Bluffs. Sólo son tres kilómetros más. ¿Podremos llegar hasta allí?

—Sí, seguro, pero nada más.

El coche se puso en movimiento. Dado lo accidentado de la ruta, tenían que moverse a paso de carreta. Los mil quinientos metros que había hasta el empalme les costaron un cuarto de hora, pero dos minutos más tarde estaban ya en la gasolinera.

Al otro lado había un taller, ante cuya puerta se hallaba parado un «todo terreno». Mientras les repostaban, charlaban de temas intrascendentes.

De pronto, Breggs se puso rígido.

—¡Mírala! —dijo en voz baja—. ¿No es ella?

Wick volvió la cabeza. Una hermosa muchacha salía en aquel momento del taller, acompañada de un fornido individuo, vestido con ropas de faena. Ella vestía una cazadora de loneta, clara, camisa a cuadros y pantalones vaqueros, con botas de media caña.

—Por todos los diablos —masculló Wick—. ¿Qué hace aquí?

—No lo sé, pero es algo maravilloso —rió Breggs—. La seguiremos y...

El empleado se acercó en aquel momento. Breggs le pagó y luego accionó el arranque. Cleo acababa de subir al «jeep» carrozado y se disponía a abandonar el lugar.

Wick pisó suavemente el acelerador. Miró a ambos lados de la carretera. No venía nadie y viró en sentido opuesto, siguiendo de lejos el «todo terreno» que pilotaba la muchacha, ignorante de que era seguida por dos sujetos de intenciones nada amables.

Cinco minutos después, Cleo se metió por un sendero difícilmente transitable. Wick rebasó el desvío unos cuantos metros y se detuvo a un lado de la carretera.

—Me pregunto adónde ha ido la prójima —murmuró.

—Seguramente, tiene una cabaña en las colinas —respondió el otro—. Ese camino debe de conducir a la cabaña. Y no creo que podamos perdernos.

—Hay algo que no entiendo. Si tenía una casa aquí, ¿por qué diablos tuvo que construir el otro un barracón?

—Eso no importa ahora. Lo que interesa es asegurar el golpe y nuestro escondite es mucho más seguro. Bien, veamos... ¿Tienes todo preparado? ¿Cloroformo? ¿Esparadrapo?

—Sí, todo está listo.

—Entonces, no perdamos más tiempo. Pronto será de noche y así las cosas resultarán más fáciles.

El coche retrocedió. Luego se metió por el camino que ascendía tortuosamente hacia las colinas.

Cleo llegó a la cabaña, encendió las luces y descargó los paquetes de la compra. Después de conversar con Dulley, había decidido cenar en la cabaña, no sin agradecer la invitación de Quentin y su esposa. Se sentía muy aprensiva y creía que allí estaría más segura.

Colocó todo en su sitio. Luego fue a la cocina y pensó qué se prepararía para la cena. De pronto, se dio cuenta de que había perdido el apetito. Ni siquiera tenía ganas de hacerse un poco de café.

Desanimada, abandonó la cocina. Entonces vio a dos hombres en la sala.

El corazón le dio un vuelco. Antes de que pudiera hacer nada, los dos hombres se arrojaron sobre ella.

Cleo forcejeó. Una mano colocó sobre su rostro una gruesa compresa empapada de un líquido de olor dulzón. Perneó frenéticamente, pero, a los pocos momentos, el cloroformo hizo sus efectos y sus miembros se relajaron.

—Bueno, ya está —dijo Breggs, a la vez que tiraba la compresa a un rincón.

Wick sacó el rollo del esparadrapo. Ató las muñecas y los tobillos de la muchacha y luego, tomándola en brazos, la condujo hasta el coche. Breggs había llegado ya y tenía abierta la tapa del maletero.

—Será mejor que apaguemos las luces —dijo—. La cabaña debe quedar en orden.

—Sí, es una buena idea —convino Wick.

La noche caía ya cuando el automóvil ocupado por los dos secuestradores inició el camino de regreso.

* * *

Dulley despertó por la mañana y casi dio un salto de alegría en la cama.

—No hay duda de que la almohada es el mejor consejero —se dijo.

Mientras se duchaba, pensó en Grotius Buzz Kearson, el hombre a quien había defendido en un reciente juicio, muy sonado por su trascendencia, y que había acabado en una absolución para el procesado. Kearson, por supuesto, había abonado la minuta, encontrándola extrañamente moderada. Había querido pagarle una gratificación extra, pero Dulley se había negado rotundamente a aceptar un céntimo más de lo que estimaba eran sus honorarios.

—Es usted un tipo extraño en esta sociedad de hoy —había dicho Kearson—. Bien, si no quiere el dinero, allá usted. Pero cuente conmigo cuando esté en un apuro.

—Nunca lo tendré...

Kearson había reído estruendosamente,

—En este mundo, todos, hoy, mañana o pasado, acabamos por estar en apuros. Entonces, venga a verme y haré algo por usted.

Dulley salió de la ducha y empezó a vestirse.

—Sí, harás algo por mí, Buzz —dijo a media voz.

Desayunó en una cafetería cercana, como solía hacerlo en la mayoría de las ocasiones. Luego se encaminó al despacho de Kearson.

Tuvo que esperar treinta minutos largos. Kearson tenía una visita muy importante y no podía desatenderla. Pero, al fin, se vio frente a su antiguo cliente.

—Está en apuros —sonrió Kearson, de buena estatura, fornido, vestido con elegancia y de aire dominador y astuto a un tiempo.

—¿Cómo lo ha adivinado? —preguntó el joven.

—Conozco a los chicos de su clase —respondió Kearson—. Son condenadamente honestos, pero también personas como los demás. Usted no habría venido a verme, si no necesitara de mí.

—Es cierto, Buzz.

—Muy bien, suéltelo ya.

Dulley habló durante unos minutos. Kearson entornó los ojos y reflexionó después de que el joven hubiese terminado su relato.

—De modo que... —dijo al cabo— asesinaron al prometido de la muchacha y quisieron cargarle con el muerto. Sobornaron a un vecino de Spears, para que declarase haberla identificado. Además, le habían robado el revólver... y, por si fuese poco, la habían secuestrado y usted la rescató. Pero, Cabe, ¿esto parece un folletín!

—Podrá parecerlo, pero es real —contestó Dulley de mala gana—. ¿Cuál es su ayuda, Buzz?

Kearson volvió a reflexionar. Al cabo de unos momentos, levantó la mano.

—Vuelva a su casa y espere —dijo.

Dulley se sulfuró.

—¡Prometió que me haría un favor! ¿Es eso todo lo que tiene que decirme?

—Gabe, usted es muy inteligente cuando se trata de actuar ante un tribunal, pero para otras cosas es un chiquillo ignorante. Yo tengo que movilizar ahora a mis amistades, ¿comprende?

—¿Debo entender confidentes en lugar de amistades?

Kearson se echó a reír.

—Ahora sí empieza a poner los pies en el suelo —dijo—. Gabe, yo no tengo aquí una bola mágica que me permita verlo todo instantáneamente. Pero sí dispongo de mil pares de ojos y de orejas. ¿Eh?

—Sí, ya entiendo.

—En tal caso, no se hable más. Vuelva a su casa y espere.

—Tengo que hacer algunas gestiones...

—Bueno, le llamaré por la noche. ¿De acuerdo?

—Gracias, Buzz.

Kearson le miró fijamente.

—Y con esto quedamos en paz —añadió.

Dulley se puso en pie.

—Buzz, ¿sabe por qué le defendí? Usted me llamó, porque no quería utilizar a sus abogados, cuya fama, por decirlo con palabras suaves, es desastrosa. Son muy inteligentes, pero le habrían hecho perder el juicio.

—Es cierto —admitió el otro sin pestañear.

—Yo le defendí porque supe que era inocente en este caso. De otro modo, no me habría hecho cargo de su defensa. Si con este favor

quedamos en paz, no vuelva a meterse en líos, porque no aceptaré ser su abogado. Espero que esto quede también muy claro, Buzz.

Kearson le tendió la mano.

—Un trato es un trato, Gabe —contestó significativamente.

* * *

Los dos hombres salieron de la casa, subieron a un coche y se alejaron. Dulley dejó que se marchasen, en modo alguno sentía deseos de enfrentarse con dos sujetos cuya profesión era la de intimidar a la gente. Eran tipos duros, fornidos, de rostros hostiles y mirada nada amistosa. Eckner los empleaba cuando la persona a la que había visto se negaba a cooperar.

Un minuto después, se apeó del coche, cruzó la calle y llamó a la puerta de la casa de Eckner. El individuo se hizo visible a los pocos instantes.

—¿Qué quiere? —preguntó de mal talante.

—Soy acreedor de un tipo que me debe cincuenta de los grandes —mintió Dulley—. No sé cómo cobrarle la deuda y alguien me indicó que acudiera a usted. Le daré el diez por ciento si concluye el negocio antes de una semana.

Eckner picó y soltó la cadena de seguridad.

—Entre —invitó—. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Dulley.

El hombre hizo un gesto con la mano.

—Venga a la cocina. Tomaremos café mientras hablamos.

Dulley caminó tras el dueño de la casa. De pronto, vio una puerta abierta a su derecha. Había una mesa, dos sillones y un armario archivador. Eckner tenía allí su «oficina», no necesitaba alquilar un despacho en un edificio comercial. Sin decir una palabra, se desvió y se metió en la habitación.

Lo primero que hizo fue abrir los cajones de la mesa. Encontró un revólver y se lo echó al bolsillo. Luego se encaminó al archivador y tiró del primer cajón.

Empezó a revisar las carpetas que había allí. Eckner apareció a los pocos instantes.

—Acabo de llamar a la Policía —dijo melifluamente.

—Magnífico —contestó el joven sin inmutarse—. Al sargento Hutchins le interesará mucho saber que fue usted quien le dio tres mil dólares a Robert Sharkey por mentir cuando dijo que había reconocido a Cleo de Winterhust. ¡Caramba, qué interesante es esta carpeta! ¿Le pagan mucho por no divulgar su contenido? —añadió con tono trivial.

Miró de reojo a Eckner. Tenía el rostro como la cera.

Sonrió.

—No es verdad —dijo—. No ha avisado a la Policía. Pero lo haré yo si no me dice quién le dio cinco mil dólares por «comprar» la declaración de Sharkey. Bien, ¿qué me contesta, Suave?

Los dientes de Eckner entrechocaron ruidosamente.

—Maldita sea..., ¿quién le dijo...?

—Sharkey habló conmigo. Le apreté las clavijas.

Eckner se pasó una mano por la cara sudorosa.

—Está bien —contestó al cabo—. Pero deje ese maldito fichero... ¡No le importa en absoluto lo que hay ahí!

—Vamos, Suave, deme la respuesta —pidió el joven. Sacó el encendedor y arrimó la llama a la carpeta que aún tenía en la mano—. ¿O quiere que le pegue fuego al archivador?

—¡Se llama Rade Cochran y eso es todo lo que sé! —chilló Eckner, al borde de la apoplejía—. Vino aquí, me dijo lo que tenía que hacer, pagó, se marchó y no sé más, se lo juro.

—¿Qué aspecto tiene Cochran?

—Es como usted, tendrá quizá cuatro o cinco años más... El pelo muy claro, casi albino. Eso es todo, me crea o no.

Dulley lanzó la carpeta a un rincón.

—Un día vendrá la Policía y le confiscará este basurero —vaticinó—. Suave, si me entero de que me ha engañado, se lo haré pagar muy caro.

—¡Le he dicho la verdad! —aulló el gordo descompuestamente.

—Por el bien de usted, espero que sea así.

Dulley sacó el revólver, extrajo las balas y lanzó el arma a los pies de su dueño.

—Gracias, Suave —se despidió.

CAPITULO V

Dulley llamó a la puerta de la casa y esperó a que la doncella abriese. Antes de que ello sucediera, oyó voces excitadas al otro lado. Segundos después, se abrió la puerta y la doncella de Cleo se hizo visible.

—Oh, señor Dulley... ¿En qué puedo servirle?

El joven no dejó de captar la agitación que poseía a la doncella, y que se reflejaba en la viva coloración de sus mejillas.

Detrás de la mujer había un hombre de unos treinta y cinco años, apuesto y elegante, con un portafolios en las manos.

—Lita, deseo pedirle un favor —dijo Dulley—. Es decir, si no llego en mal momento...

—Oh, no, el señor Crane ya se iba —contestó la doncella.

Crane alargó la mano, a la vez que sonreía.

—Dulley, ¿verdad? Seguí el caso Kearson con apasionamiento. Lo hizo usted muy bien, créame. Le felicito muy sinceramente... Soy Gordon Crane, director contable de Barnable, Creigh & Butterborough, la firma que se ocupa de los asuntos de la señorita Winterhurst. He venido a buscar unos documentos a su despacho, pero no los he encontrado... No sé dónde puede estar ella...

Dulley decidió que no iba a decírselo y se esforzó por sonreír.

—Ya aparecerá —contestó.

—Sí, eso supongo. Bien, adiós, señor Dulley. Hasta la vista, Lita.

—Adiós, señor Crane.

Dulley contempló a la doncella unos instantes. Crane le habría dado algunos achuchones. Verdaderamente, Lita Fassel estaba bastante apetitosa.

Crane se marchó. Lita se encaró con el joven.

—¿En qué puedo servirle, señor Dulley?

—Verá...

De pronto, Dulley decidió que no merecía la pena. El vestido azul y blanco habría vuelto al ropero y no podría saber quién era la mujer que había utilizado la apariencia de Cleo para conseguir que recayeran sobre ella las sospechas del asesinato de Spears.

Era mucho mejor localizar a Rade Cochran. Este sí tendría más noticias sobre el caso. Y hasta podría darle el nombre de la mujer que había actuado con el aspecto de Cleo.

—No, nada, Lita —dijo al cabo, con la mejor de sus sonrisas—. ¿No sabe nada de la señorita Cleo?

—No, señor. Se fue hace dos noches, con un pequeño equipaje, pero no dijo adonde se iba. Lo siento mucho, señor.

Dulley asintió. Lita le había visto, cuando esperaba a Cleo en la casa, para conducirla a la suya y entregarle el jeep. Luego se habían ido juntos. Cleo, sin embargo, no había dicho nada acerca de sus propósitos.

—Salimos juntos de aquí, pero nos separamos a poco. Ella alquiló un taxi y no quiso decirme adonde se iba —trató de justificar su presencia en la casa.

—Comprendo. De todas formas, si regresa, le diré que ha estado aquí, señor Dulley.

—Se lo agradeceré, Lita. Buenas tardes.

Dulley volvió a su coche. Se preguntó quién podría decirle dónde encontrar a Rade Cochran. Había pasado buena parte del día buscando la pista del sujeto, pero no había conseguido dar con ella.

Regresó a su casa ya de noche. Cuando encendía las luces, oyó una voz a sus espaldas:

—Le estoy apuntando con una pistola. No se vuelva o le reventaré la cabeza de un tiro. ¿Está claro?

—Diáfano —contestó el joven, con las manos en alto—. ¿Qué quiere usted?

—Dos millones de dólares.

—Está loco —refunfuñó Dulley—. ¿De dónde diablos quiere que yo...?

—Escuche un momento y afine el oído. Traigo un mensaje de Cleo, para que sepa que no bromeamos. Se lo he dejado encima de esa consola y podrá leerlo más tarde. Ella está en nuestro poder y la enviaremos al otro mundo, si usted no coopera, ¿entendido?

Dulley no tenía la menor idea de la forma en que el sujeto había conseguido llegar hasta la muchacha, pero decidió que era preciso seguir la corriente al desconocido.

—Muy bien, de acuerdo, estoy dispuesto a cooperar. ¿Qué debo hacer?

—Lleve el mensaje a sus abogados y dígales lo que sucede. Dentro de cuatro días, le llamaré por teléfono para concertar una entrevista y acordar el lugar donde debe entregar la «pasta». Son dos millones, recuérdelo. Ah, y nada de «bofia», ¿estamos?

—No habrá policías —aseguró Dulley—. Pero ¿por qué yo...?

—Ella dijo que no escribiría el mensaje si no se lo entregábamos a usted. Dijo que era el mejor intermediario posible y que usted conseguiría el dinero. Sus abogados son muy duros y no cederían.

Dulley sonrió para sí. Cleo era una chica lista, se dijo. Había sabido

hacer bien las cosas para que él se enterase de que había sido secuestrada de nuevo.

—Muy bien, estoy conforme. Esta misma noche, iré a ver a los abogados de Cleo...

—No, esta noche no, mañana —contestó el sujeto.

Dulley presintió una amenaza en la respuesta. Notó que el desconocido daba un paso hacia adelante y se agachó, a la vez que seladeaba, girando velozmente sobre sí mismo.

El secuestrador había querido golpearle en la cabeza, a fin de dejarle inconsciente. Al fallar el golpe, perdió el equilibrio y empezó a caer hacia adelante, mientras trataba desesperadamente de recuperar el equilibrio.

Dulley, ya erguido, le asestó un tremendo puntapié en el costado izquierdo, lanzándolo en sentido opuesto. El revólver voló por los aires. El sujeto, aturdido, intentó levantarse, pero un puño salió al encuentro de su mentón y perdió el sentido instantáneamente.

Cuando despertó, Cuttie Wick se encontró en una cama, atado de pies y manos a las cuatro esquinas de la misma. Para ayudar a que se despejara, Dulley le arrojó por la cara el contenido de una jarra de agua.

—No diré nada —gruñó Wick—. Pierde el tiempo, porque no conseguirá que hable. Además, si no he regresado a la media noche, mi compañero matará a la chica.

—De modo que no ibas a decir nada... y ya sé que sois dos los secuestradores de la señorita Winterhurst. Si sigues callando, voy a enterarme hasta del nombre de tu mamá —dijo Dulley burlonamente.

Wick maldijo entre dientes.

—De todos modos, pierde el tiempo —repitió.

—Será mejor que mires tus pies. Te he quitado los calcetines y los zapatos.

Wick bajó la vista y arrugó el entrecejo.

—¿Va a «tostarme»? —preguntó.

—No, porque me repugna el olor de la carne quemada. Pero haré algo mucho mejor. ¿Ves esto?

El rufián vio que Dulley sacaba una pluma, hasta entonces escondida por su cuerpo.

—La he arrancado de un plumero de quitar el polvo. Tengo más, aunque espero que con una será suficiente.

—Eso... ¿con eso va a hacerme hablar? —dijo Wick con aire despectivo—. No me haga reír...

—Es que eso es, precisamente, lo que ando buscando: hacerte reír —contestó el joven muy serio.

Agarró una silla, se sentó y empezó a pasear rápidamente la pluma por la desnuda planta del pie izquierdo de su prisionero.

—Bah, sólo son cosquillas...

—Ten un poco de paciencia, hombre, ya llegará el momento de la risa —dijo Dulley sin inmutarse.

Wick apretó los labios. Contuvo la respiración, pero, casi de repente, empezó a reír convulsivamente.

—Oh, no... Ja, ja, ja... Pare... No siga... Ja, ja, ja...

Su cuerpo empezó a estremecerse con fuertes espasmos. Un minuto más tarde, reía con histéricas carcajadas. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, mientras Dulley, inflexible, continuaba con los movimientos de la pluma.

De pronto, Wick lanzó un aullido:

—¡Pare de una maldita vez! ¡Hablaré, pero deje esa condenada pluma!

—¿Dónde está Cleo? —preguntó Dulley, sin abandonar su tarea.

A Wick le dolían ya los costados de tanto reír y apenas si podía ver, cegado por las lágrimas que fluían incesantemente de sus ojos. Entrecortadamente, dio la respuesta que el joven esperaba. Luego casi perdió el sentido, deshecho por la hilaridad que no había podido contener en ningún momento.

Dulley aprovechó la ocasión y le desató las manos, para atárselas a continuación por detrás de la espalda.

—Vendrás conmigo —dijo severamente—, Y si veo que me has engañado, usaré el revólver en tu sucia cabeza.

Wick no tenía ya fuerzas para resistirse. Dulley le soltó los pies y le hizo saltar de la cama. Luego lo empujó hacia afuera con la mano izquierda.

—Vamos a mi coche —ordenó.

—Pero estoy descalzo...

—Lo sé —contestó Dulley sobriamente.

Un par de minutos más tarde, el abatido rufián quedaba guardado en el maletero del coche. Se sentó tras el volante, dio el contacto y arrancó sin perder más tiempo.

* * *

En la casa, oscura y solitaria, había un rectángulo de luz amarilla. Dulley apagó el motor a unos doscientos metros, avanzó cuarenta o cincuenta más y aplicó los frenos. Luego saltó al suelo y avanzó en silencio hacia la casa.

Llegó junto a la ventana y miró al interior. Cleo estaba allí sentada en una silla, a la cual había sido amarrada. Sus brazos estaban sujetos al respaldo y los tobillos a las patas delanteras. Dulley observó que la muchacha se mantenía serena.

Un hombre se movió en el interior de la casa. Dulley decidió

dirigirse hacia la puerta posterior. De pronto, oyó que se abría la delantera.

Sandie Breggs miró a lo lejos. De pronto, vio el reflejo del techo del automóvil parado en el camino y sacó la pistola que tenía en la pretina de los pantalones.

—¡Maldita sea...!

—¡Quieto! —gritó Dulley—. ¡Tira el arma!

Era preciso actuar antes de que el forajido se volviese hacia la cautiva. Breggs, tremendamente sobresaltado, giró un poco a su izquierda y apretó el gatillo.

Dulley saltó a un lado y disparó a su vez. Breggs chilló agudamente, soltó la pistola y cayó sentado, agarrándose una pierna con las dos manos.

—¡Condenación, me ha roto una pata...!

Dulley corrió hacia él y se apoderó de la pistola.

—Puedes dar gracias de seguir con vida —dijo furiosamente.

Entró en la casa y miró a la muchacha. Cleo le devolvió la mirada, junto con una sonrisa.

—Sabía que lo conseguirías —dijo.

—Tuviste una buena idea, en efecto —admitió él—. ¿Te han maltratado?

—No, salvo que he estado atada todo el tiempo. Bueno, me aplicaron cloroformo al sorprenderme en tu cabaña, pero fuera de eso no me han tocado.

—Lo celebro.

Dulley fue a la cocina, buscó un cuchillo y volvió junto a la muchacha. Luego se arrodilló y empezó a darle friegas en los tobillos.

—Ya te has ganado doscientos mil dólares —sonrió Cleo.

—¿Qué? —respingó él.

—Cien mil del primer secuestro y otros tantos ahora. Sólo espero que no tenga que pagarte trescientos mil...

—No digas tonterías —bufó Dulley—. ¿Puedes caminar?

—Claro, Gabe.

—Apóyate en mi brazo. ¿Cómo se te ocurrió elegirme como intermediario?

—Era lógico. Si hubiese dirigido el mensaje a alguno de mis abogados, lo habrían mantenido en secreto y se hubiesen limitado a tratar con los secuestradores y pagar el rescate. Eso no me gustaba en absoluto y, por otra parte, aunque no parecen del todo malas personas, no se puede una fiar. ¿Y si después de cobrar el rescate decidían matarme?

—Un razonamiento absolutamente lógico —convino él.

Breggs, en el suelo, continuaba quejándose.

—Ahora enviaré a alguien para que cuide de ti —dijo el joven.

Momentos después, abría el maletero. Derrengado y medio asfixiado, Wick saltó fuera, se pinchó los pies con unos pedruscos y rodó por tierra.

—El otro tiene un remo averiado —informó Dulley—. Atiéndele y olvídate para siempre de esta dama.

Wick se alejó, saltando a la pata coja. Dulley empujó a la muchacha hacia su automóvil.

—Temo que no vas a poder dedicar unos días al descanso como pretendías —dijo, cuando ya ponía en marcha el motor.

—Me iré fuera de la ciudad. Tengo una casa en la playa, creo que allí estaré bien.

—De acuerdo.

—Pero necesito ropa y dinero. Todo se quedó en tu cabaña y no sé siquiera dónde estaba...

—En un lugar situado a casi doscientos kilómetros y en dirección completamente opuesta —repuso él—. Por cierto, ¿has hablado con tus secuestradores?

—Sí. Ellos confirmaron mis sospechas. Fue Spears el autor del primer secuestro. Llegaron a saber que me había raptado, pero le perdieron la pista. Entonces fueron a su casa y él les trazó un croquis, en parte falso. Por eso tardaron casi veinticuatro horas en encontrar el barracón donde Vernon me había encerrado.

—Entonces, fueron ellos los que le asesinaron...

—No —contradijo Cleo—. Lo negaron y yo creo que eran sinceros. Por lo visto, otros fueron más tarde y éstos sí le dispararon. Bueno, dispararía uno solo, claro... Sandie y el otro estuvieron en casa de mi prometido hacia las nueve de la mañana, casi dos horas antes del asesinato.

Dulley frunció el ceño.

—Si eso es cierto, significa que hay dos tipos que andan buscándote todavía —dijo.

Cleo se alarmó.

—¿Lo crees así?

—Se deduce fácilmente, ¿no?

—Entonces..., ¿qué debo hacer? —consultó.

Dulley meditó unos instantes. No tardó en encontrar la solución.

—Temo que vas a tener que renunciar a tu pequeña temporada de descanso y reflexión —dijo por fin—. En estos momentos, el lugar más seguro es tu casa.

—¿Lo crees así?

—Desde luego. Es más, yo te pediría que contratases guardaespaldas.

—Dios mío, siempre he detestado la idea de estar protegida de semejante manera...

—En estos momentos, y con el panorama que se te presenta, no tienes otro remedio que hacerlo —aconsejó él firmemente.

—Sí, pero ¿hasta cuándo, Gabe?

—Por ahora hay dos individuos que quieren secuestrarte. Fallaron una vez, pero tratarán de no cometer el mismo error. Wick y Breggs, en realidad, son dos hampones de segunda fila, que creyeron haber encontrado una buena ocasión y trataron de aprovecharla. Pero los otros son muy distintos. Mataron, después de conseguir la información, ¿comprendes?

—Sí —contestó ella, muy impresionada.

—Entonces, tendrás que estar en tu casa, hasta que encuentre a esa pareja, de uno de los cuales conozco el nombre. Me costará, pero los encontraré y entonces podrás considerarte libre de todo temor —concluyó Dulley tajantemente.

CAPITULO VI

Kearson le llamó por teléfono a la mañana siguiente. Dulley se había acostado muy tarde y aún dormía cuando sonó el teléfono.

—Le llamé varias veces anoche —dijo el sujeto—. Usted no contestó...

Dulley se apartó del ojo derecho un mechón de pelo.

—Lo siento. Tuve que hacer algo urgente y volví a casa después de la media noche. ¿Tiene algo que decirme?

—Sí. Vaya esta tarde al Bacchus después de las ocho. Pregunte por Jeff Norcutt. Dígale que va de mi parte, eso es todo.

—Gracias, Buzz.

—La cuenta ha quedado saldada, abogado.

—No le quepa la menor duda.

Dulley dejó el teléfono en su sitio, saltó de la cama y se metió en la ducha. Se preguntó por qué no le había mencionado a Kearson el nombre de Rade Cochran. Kearson le había dicho otro nombre y con ello había devuelto el favor. Posiblemente, se habría negado a contestarle. Sin embargo, sabía quién, posiblemente, podía facilitarle el dato.

Una hora más tarde, una mujer, con los ojos llenos de sueño, abrió la puerta de su casa, todavía en camisón y bata.

—Por todos los diablos... Gabe, ¿qué horas son éstas de despertar a la gente? —exclamó Andrea Garnett con visible malhumor.

Dulley entró, cerró la puerta, agarró el mórbido brazo de Andrea y la condujo hasta el baño. Una vez allí, abrió los grifos de la bañera y le quitó la bata. Cuando empezaba a hacer lo mismo con el camisón, ella pareció reaccionar y protestó.

—¡Eh! ¿Qué diablos estás haciendo? ¡La bañera es muy incómoda para «eso», tú!

Dulley se echó a reír.

—No he venido a «eso», aunque si te dejas... estás todavía medio atontada por el sueño. ¿Qué, hubo algo de juerga anoche, verdad?

Andrea volvió a bostezar.

—Estuve con unos amigos. Había champaña en abundancia.

—Y algún que otro «petardo», ¿no?

—A mí no me han gustado nunca esas porquerías, pero no puedo evitar que otros las fumen.

—¿Estuvo bien la fiesta? ¿Era mullida la alfombra del suelo? Porque esas reuniones acaban con todos desnudos y... todos contra todas y todas contra todos, ¿eh?

—No seas curioso. Fue una orgía honesta. Cada uno eligió a su pareja y había habitaciones para hacer las cosas discretamente. A mí, por lo menos, no me ha gustado nunca la sexualidad en público.

—Cosa que celebro infinito. —Dulley arrojó medio frasco de sales de baño al agua y le quitó el camión—. El baño está preparado, señora. ¿Desea la señora que le frote la espalda?

Andrea entró en la bañera y se sentó.

—Gabe, tú no has venido aquí para verme en pelotas vivas —dijo—. ¿Qué diablos quieres?

—Información, muñeca.

—Pero, ¿es que te has creído que soy la CIA?

—Tienes un fichero muy completo y muy bien guardado. Yo no te pido que me lo dejes examinar, sólo quiero que me digas si conoces a cierta persona, cuyo nombre te diré ahora mismo —Dulley se puso un guante de tejido áspero y empezó a frotar la espalda de la mujer.

—Oye, eso por delante —pidió Andrea—. Pero sin guante...

—Olvídalo. ¿O es que no tienes bastante con lo de anoche?

—Me llevé un chasco. Era pura fachada. Quedó «groggy» después del primer asalto.

—No me digas —se burló Dulley.

—Como lo oyes. Cara de Apolo, cuerpo de Hércules... y lo que es más interesante, lo tenía como el de un enanito. ¡Qué fracaso, tú!

Dulley lanzó una alegre carcajada.

—Esos tipos tan apuestos suelen dar muchos chascos, en efecto. Algunos, incluso, detestan a las mujeres y prefieren a los hombres. Bueno, el tipo se llama Rade Cochran. ¿Qué me dices, encanto?

Andrea se reclinó en la bañera, levantó un ojo al techo y se mordisqueó el labio inferior.

—¡Ya está! —dijo al cabo.

—Bueno, habla. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—No lo sé, pero sí sé quién te lo dirá. Se llama Judy Meilant y vive en la calle Diecinueve, trescientos dos, 5 C. Una vez habló conmigo por teléfono y mencionó ese nombre. No sé por qué lo dijo, ni me acuerdo, pero sí sé que pronuncio el nombre y el apellido. Ve a Judy y dile que vas de mi parte. ¿Entendido?

—Muy bien, preciosa.

Dulley se quitó el guante y se levantó de un salto.

—Eh, no te vayas, tú —gritó ella.

—Tengo que hablar con Judy...

—Pero, pedazo de estúpido, ¿es que no sabes lo apetitosa que resulta una dama recién salida del baño?

—Lo sé demasiado bien, por eso me marchó —rió él, a la vez que emprendía una rápida retirada.

* * *

El coche se detuvo ante la residencia y tres hombres se apearon inmediatamente. Gordon Crane avanzó resueltamente, seguido por los otros dos y llamó a la puerta. Lita, la doncella, abrió a los pocos instantes.

—Señor Crane...

—¿Qué tal, Lita? ¿Está ella en casa?

—Sí, señor. Tenga la bondad de pasar...

Crane señaló a sus espaldas con el pulgar.

—Son los guardaespaldas que ella ha contratado para que vigilen la casa y la eviten contratiempos —añadió.

Lita contempló unos instantes a los dos sujetos, de rostro estólido y, luego de asentir, giró en redondo.

—Anunciaré su llegada a la señorita —dijo.

El trío quedó en el vestíbulo. Cleo llegó poco después, sencillamente ataviada, con un vestido de corte clásico, pero muy elegante.

—¿Cómo está, señorita Cleo? —saludó Crane—. Le presento a los señores Jameson y Potter, sus guardaespaldas.

—Encantada, caballeros —dijo la muchacha.

—Es un placer, señorita —contestó Potter—. Si nos permite, desearíamos conocer la casa, a fin de hacernos cargo de la vigilancia en las debidas condiciones.

—No faltaría más. Por allí se va a la cocina. Lita les acompañará.

Jameson y Potter se retiraron, dejando a solas a la dueña de la casa con Crane. Este sujetaba con el brazo una cartera de documentos.

—Necesito su firma en un par de papeles, señorita —dijo Crane.

—¡Oh, muy bien! Démelos, por favor, los estudiaré y ya le llamaré para que venga a recogerlos.

—Pero es que...

Cleo sonrió.

—En los últimos tiempos, me he acostumbrado a no firmar ningún documento sin examinarlo antes a fondo. Ya sé que han sido preparados por mis abogados, pero, a pesar de todo, quiero estudiarlos detalladamente. ¿De acuerdo?

Crane se inclinó cortésmente.

—No tengo otro remedio que aceptar su decisión, señorita.

* * *

Judy Meilant expresó claramente su decepción al darse cuenta de los propósitos de su visitante. Estaba espectacularmente ataviada con una negligé de color fucsia, de tejido muy transparente, y debajo llevaba sólo las prendas íntimas: sostén, ligero y medias, todo de color negro. El conjunto resultaba altamente sugestivo, pero el visitante no había ido precisamente a disfrutar de los abundantes y casi visibles encantos de la dama.

—Yo pensé que... Como ha dicho que viene de parte de Andrea...

—Lo siento, pero si es por eso, abonaré... los honorarios habituales —sonrió Dulley.

—Está bien —suspiró Judy—. Entre, no le cobraré nada por cuatro palabras. ¿Quiere tomar algo?

—Café, gracias.

—De acuerdo.

Judy se alejó, contoneándose voluptuosamente. Era consciente del enorme atractivo sensual de su cuerpo y esperaba «animar» así a un posible cliente. Dulley sonrió al captar sus intenciones.

Ella volvió minutos más tarde.

—Empiece, señor... Por cierto, aún no sé cómo se llama.

—Gabe es suficiente. Gabe, derivado de Gabriel.

—Como el ángel...

—Arcángel, pero no discutiremos por el rango. Hablemos mejor de Rade Cochran. Andrea me ha dicho que usted lo conoce.

Judy frunció el ceño.

—Lo conozco. Estuvo una vez conmigo y no volverá a verme en todos los días de su puta vida. El muy cerdo...

—¿Qué le pasó con él, Judy?

—Se lo dije a Andrea. «Bórralo de tu archivo y quema su maldita ficha. Es de lo más asqueroso que te puedas imaginar y...» —Judy miró al visitante—. Bueno, en mi oficio se ven muchas cosas y los clientes tienen rarezas y aficiones que usted no se puede imaginar siquiera, pero el cabrón de Cochran supera a cuanto he visto hasta ahora. No le digo lo que quería de mí, porque vomitaría...

—Me lo supongo —sonrió Dulley, paciente—. ¿Qué hay de su demencial cliente?

—Como puede comprender, no sé dónde vive. Pero antes de que empezase a desviar, charlamos un rato. La conversación derivó hasta restaurantes. Dijo que él solía acudir con mucha frecuencia al Tigerfish. Es todo lo que sé. ¿Conoce usted ese restaurante?

—Creo que he estado alguna vez, pero no lo frecuento, Judy.

—Podrá ser el mejor del mundo, pero si Rade acude allí, esta muchacha se abstendrá de ir siempre. Lo único que siento es vivir en el mismo planeta y respirar el mismo aire que ese cerdo, si pudiera, emigraría a Marte.

Dulley se echó a reír ante el pintoresco comentario de Judy. Metió la mano en el bolsillo y sacó unos billetes.

Judy rechazó cortés, pero firme el ofrecimiento.

—No, no he hecho nada para ganarme ese dinero —dijo—. Pero, si lo deseas, avísame con tiempo y pasaremos la velada juntos. Te aseguro que no lo olvidarás en tu vida.

—Está bien, Judy. Te llamaré algún día —se despidió él.

Dulley salió a la calle. Consultó la hora. Podía cenar en el Tigerfish y, de paso, comprobar si su cocina era tan buena como aseguraba Cochran. Pero si tenía gustos tan depravados en lo culinario como en el aspecto sexual, entonces estaba seguro de que pasaría hambre.

A las siete de la tarde, ocupó una mesa en el Tigerfish. Tenía una cita a las ocho en el Bacchus con Norcutt, pero se dijo que no importaría llegar con unos minutos de retraso. Encargó el menú y antes de que el camarero se retirase, llamó su atención.

—Espero la llegada de una persona, pero no la conozco. Su nombre es Rade Cochran.

—¡Oh, sí, el señor Cochran...! Es cliente asiduo del local, señor.

Dulley sacó dos billetes de veinte dólares y los puso en manos del camarero.

—Si viene, indíquemelo discretamente, pero no le diga que estoy aguardándole. Quiero darle una sorpresa, ¿comprende?

El camarero hizo una profunda reverencia.

—Descuide, señor —contestó.

Pero una hora más tarde, el mozo volvió junto a la mesa de Dulley, quien ya había terminado de cenar.

—Lo siento —dijo—. Creo que el señor Cochran ya no vendrá esta noche. Suele ser muy puntual y, cuando viene, llega siempre a las siete, nunca después de las siete y media.

—Puede que venga otro día —murmuró Dulley. Sacó el tercer billete y se lo dio al camarero, junto con una tarjeta—. El día que venga, llame a este teléfono inmediatamente.

—Muy bien, señor, así lo haré.

Decepcionado, pero también resignado, Dulley abandonó el restaurante y se dirigió al Bacchus. Confiaba en que Norcutt continuase aguardándole.

* * *

Detrás del mostrador había una mujer de rostro chupado y piel lívida, debajo de cuyo vestido se captaban apenas los restos de lo que en tiempos habían sido sin duda unos senos bien repletos. Ahora, sin embargo, se adivinaban flácidos y pellejudos. El pelo tenía muchas canas y en su boca lucía constantemente un rictus de amargura y

desdén por la vida.

—Busco, a Norcutt —dijo Dulley—. Estoy citado con él.

La mujer le estudió críticamente durante unos segundos.

—Dijo que vendría un tipo a hablar con él —contestó por fin—. Jeff está en el primer piso, puerta tres.

—Muy bien, muchas gracias, señora.

—Mi nombre es Daisy, pero, si le apetece, puede llamarme «Flaca» —dijo ella.

Dulley la miró y sonrió. Quizá aquella mujer poseía un sentido del humor que no mostraba exteriormente.

—Eso se cura —dijo.

—¿De qué forma? —preguntó Daisy ávidamente.

—Grandes platos de patatas con mantequilla, alubias con mucho tocino, piernas de cordero, kilos de filetes de ternera... En dos semanas, la llamarían «Sexy-Daisy», créame.

—Hombre, puede que ensaye el sistema...

—No falla —se despidió riendo.

Subió al primer piso y abrió sin vacilar la puerta indicada. En el fondo de la estancia, había un hombre que le miró con cierto desinterés.

—¿Norcutt? Soy Dulley.

—Ha tardado mucho —dijo el sujeto.

—Lo siento. El tráfico estaba infame.

—Muy bien. Entre.

Dulley cerró la puerta. Norcutt se puso en pie. Era un sujeto de mediana estatura, pero con unos hombros anchísimos y los brazos como troncos de olivo. Tenía la frente deprimida y, con sus cejas tan espesas que formaban un solo trazo, parecía un hombre prehistórico. Pero en sus ojos, profundamente hundidos en las cuencas, Dulley captó astucia y malignidad.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Norcutt.

—Se llama Rade Cochran. Karson me dijo que usted podría indicarme su paradero. Eso es todo.

—¿Para qué quiere a Cochran?

—Eso es cuenta mía, Jeff.

—Dígamelo o cerraré el pico.

Dulley dio media vuelta y se dirigió a la puerta, pero se detuvo en seco al oír la voz del sujeto.

—Quieto ahí.

—Apostaría algo a que me está apuntando con una pistola, Jeff —dijo el joven sin inmutarse.

—Es cierto. Vuélvase.

Dulley giró lentamente. Norcutt le apuntaba con un revólver desde el otro lado de la mesa.

—No va a disparar contra mí —dijo.

—No esté tan seguro. Quiero saber por qué busca a Rade. Si no me lo dice, apretaré el gatillo.

Dulley dio dos pasos.

—¿Y cómo se justificaría ante la policía?

—Eso es cuenta mía...

—¿Cree que no hay en estos momentos quien ya sabe que he venido a verle? Si me encuentran muerto, le buscarán a usted.

Norcutt se agitó, inquieto. Dulley se echó a reír.

—No había contado con esa posibilidad, ¿eh?

De súbito bajó las manos, agarró la mesa y la volcó hacia Norcutt, lanzándolo hacia atrás. Norcutt vaciló, manoteó y, para buscar un asidero, soltó el revólver.

Pero se recuperó en seguida y apartó la mesa de un manotazo, lanzándose a continuación contra el joven. Dulley, sorprendido a su vez, no pudo reaccionar a tiempo y recibió en pleno pecho el fenomenal cabezazo que le propinaba Norcutt.

Cayó de espaldas, sin aliento, ahogándose literalmente. Norcutt se volvió, recobró el arma y le apuntó a la cara.

—Dígame para qué busca a Cochran o le meteré dos balas en la sesera —amenazó.

Dulley hizo señas de que no podía hablar. Norcutt sonrió.

—No tengo prisa. Esperaré —dijo.

Hubo un momento de silencio, roto bruscamente por el estallido de una botella. Norcutt puso los ojos en blanco, torció la boca, dobló las rodillas y cayó de costado al suelo.

Dulley miró asombrado a su inesperada salvadora.

—Ha llegado como el Séptimo de Caballería —jadeó.

Daisy le miró con simpatía.

—Me supuse que Norcutt trataría de jugarte una mala pasada —explicó—. No es la primera vez que lo hace. «Despluma» a los clientes aquí, ¿sabes?

—Sí, pero no justifica tu ayuda.

—Eres el primero que me trata con afecto y humanidad desde hace muchísimo tiempo. Todos me insultan, se burlan de mí porque soy una escoba con falda...

Dulley captó en el acto la nota de amargura que latía en la voz de la mujer.

—Repito que eso se puede curar —dijo—, ¿Es que padeces inapetencia?

—Estuve enferma hace años. No he podido recuperarme.

—¿Padeces del estómago?

—No, que yo sepa...

—Entonces, come sin tasa. Y apostarí a que también tuviste

problemas sentimentales.

Daisy lloriqueó.

—Me abandonó mi marido...

—Entonces, tuviste problemas psíquicos también, pero eso se cura igualmente. No vas a estar llorándole toda la vida, me parece...

—No, ya pasó, pero... me quedé hecha un esqueleto...

—En dos semanas quedarás convertida en otra —aseguró él—. Haz lo que te he dicho y añade macarrones y queso a la receta. Ah, otra cosa, eres aún joven y si tienes canas es debido a tus problemas sentimentales. Busca un buen peluquero, ¿entiendes?

Daisy se limpió los ojos de un manotazo.

—Señalaré con piedra blanca este día —dijo—. ¿Por qué te golpeó este mono con dos patas?

—Le pregunté por un tal Cochran. Me exigió le dijera por qué le busco. Cuando me negué, sacó el revólver...

—¡Cochran! —exclamó Daisy—. Si me hubieras preguntado a mí, te habrías ahorrado este conflicto. Vive dos manzanas más abajo, en el ochocientos veintisiete, 2B.

Dulley se puso en pie, frotándose el tórax, aún dolorido. Sacó un billete de veinte dólares, pero Daisy lo rechazó casi violentamente.

—No quiero tu dinero —dijo—. Me basta con... la «receta».

—A tu gusto, Daisy, ¿qué pasará cuando despierte el mono?

—No te preocupes. Una vez me arrearón a mí también un botellazo. Vi al tipo que me atizaba, pero luego no lo recordaba en absoluto. Si no me lo hubieran dicho, no habría sabido quién lo hizo. A él le pasará lo mismo. Anda, vámonos.

Bajaron a la taberna. Había un hombre en el mostrador y Daisy lo apartó de un empujón.

—Atiende a los clientes, idiota. ¿Qué quieres tomar? —se dirigió al joven.

—Ponme una copa de «Sex-Daisy» —sonrió él.

Daisy le miró de soslayo.

—Como aciertes, tendrás que comprobarlo —dijo.

—Será un placer.

—Mucho placer, créeme.

Dulley se echó a reír. Tomó el trago, se despidió de la mujer y salió a la calle. Si Cochran no estaba en su apartamento, le esperaría hasta el regreso.

* * *

Cleo dormía profundamente cuando, de pronto, sintió que le tocaban en el hombro.

—¿Qué pasa, Lita? —preguntó, todavía con la torpeza del sueño en

la mente.

—No soy Lita —dijo el hombre—. Guarde silencio o le pegaré un tiro.

Cleo se sentó de golpe en la cama.

—Pero, ¿qué significa esto...?

Potter se echó a reír.

—Es muy sencillo. Vamos a secuestrarla. No intente oponer resistencia, porque sería peor y no conseguiría nada positivo.

Cleo apoyó la mejilla en una mano y el codo de aquel brazo en su rodilla.

—Oh, no, otro secuestro no... Esto ya se está volviendo repugnantemente monótono...

—¿Qué está diciendo? —se asombró Potter.

—Nada, no se preocupe —contestó ella serenamente—. Al menos, podré vestirme, supongo.

Jameson entró en aquel momento con un maletín en la mano.

—Ya tengo su ropa, chica. Póngase la bata y las zapatillas, se mudará en su... nueva residencia.

—Tu quoque, ¿eh? —dijo Cleo sarcásticamente.

—¿Qué está diciendo? —rezongó Potter.

—Es latín. Significa: «Tú también». Pero no lo entenderían...

Cleo se puso la bata y las zapatillas y alargó sus manos hacia los guardaespaldas convertidos en secuestradores.

—Espere un momento —dijo Potter, a la vez que le tendía papel y una pluma—. Escriba dos líneas y déjelas sobre la mesilla. Diga que ha tenido que salir urgentemente y que ya anunciará su regreso. Fírmelo y será todo.

Cleo obedeció. Puso su nombre al final del breve mensaje y, de repente, se le ocurrió una idea. Añadió dos letras, sonriendo para sí, dejó el papel sobre la mesilla y devolvió la pluma a Potter.

—Estoy dispuesta —anunció.

—Escuche —dijo Jameson—. No queremos causarle ningún daño. Si se porta bien, todo marchará sobre ruedas.

—Bueno, supongo que se trata de dinero —contestó Cleo.

Potter sonrió anchamente.

—Exacto. Se trata de dinero, señorita Winterhurst.

* * *

Dulley abrió los ojos, estiró los brazos voluptuosamente, bostezó y, de repente, se dio cuenta de que no estaba en su cama, sino en un diván ajeno. Entonces volvió rápidamente a la normalidad.

Se puso en pie, pasándose una mano por el cabello revuelto. Cochran no había regresado a su casa en toda la noche. De lo

contrario, ya lo habría sabido.

«Y hasta es probable que estuviese en el otro mundo», se dijo, mientras miraba a través de la ventana y contemplaba la luz del nuevo día.

Consultó su reloj. Había estado despierto hasta muy altas horas de la madrugada. Eran casi las diez de la mañana. Cochran ya no volvería, pero sabía dónde vivía y podía encontrarle en otro momento. Bostezó de nuevo y salió del apartamento.

En su casa se bañó y afeitó, y luego se cambió de ropa. Al terminar, se dijo que resultaría interesante hablar con Cleo y comprobar su estado, ahora que ya se sentía más protegida. Pero era mejor hacerlo personalmente.

Treinta minutos más tarde, vio el atractivo rostro de Lita.

—¡Hola! —saludó jovial—. ¿Está en casa?

—No, señor. Salió muy temprano y no dijo cuándo volvería.

Dulley respingó.

—¡Qué extraño! —comentó—. ¿La vio marcharse, Lita?

—No señor, yo estaba todavía dormida. Cuando fui a dormitorio, ya se había ido. Pero dejó una nota. ¿Quiere leerla?

—Sí, por favor,.

Lita se marchó. Dulley, lleno de perplejidad, encendió un cigarrillo.

Eran más de las once de la mañana. Cleo se había marchado antes del amanecer. Pero ¿por qué? ¿Adónde había podido ir, después de que él la aconsejase quedarse en su propia casa, considerando que era el lugar más seguro?

La doncella regresó con un papel en la mano. Dulley leyó la nota rápidamente. Sí, estaba firmada por Cleo, pero..., ¿qué significaban aquellas dos letras que seguían a continuación de la firma? Una C y una F...

De pronto, adivinó la verdad.

Sonrió.

—Ya sé dónde está —dijo—. Ha vuelto a mi cabaña.

Lita sonrió también.

—Eso supongo, señor —contestó.

—De acuerdo, iré por allí. Gracias por todo, Lita.

—Ha sido un placer, señor Dulley.

El joven salió de la casa, subió a su coche, arrancó, dio la vuelta, se detuvo en un lugar discreto y volvió a apearse.

Contempló la casa durante unos segundos. Luego se decidió a actuar y avanzó firmemente hacia el edificio. Esta vez entró son llamar.

Estaba ante el espejo, dando vueltas y contemplándose satisfecha, vestida con un lujoso traje de noche de seda. De cuando en cuando se llevaba las manos a la cabellera y se la ahuecaba con gestos de viva complacencia.

De pronto, sonó una risa burlona. Lita lo oyó y se volvió en el acto, tremendamente pálida.

—Te gusta el vestido, ¿eh? —dijo Dulley, apoyado en la jamba de la puerta del dormitorio.

Lita se volvió, lanzando un chillido de pavor.

—Usted... —se puso una mano en el corazón—. Me ha dado un susto de muerte, señor Dulley... No..., no esperaba que volviese...

—Entré sin avisar —declaró él—. Había olvidado una cosa y... ¿Te gusta ese vestido?

—Sí. Pero no se lo diré a ella, ¿verdad?

—Mujer... De todos modos, el color fucsia no te sienta bien. ¿Por qué no te pruebas el vestido blanco con detalles azules? Con el bolso y los zapatos a juego estarías divina, créeme.

Lita perdió el color instantáneamente.

—No..., no me gusta ese atavío...

—Hay otro vestuario que es mucho más feo: el que usan las mujeres en la cárcel.

—Le aseguro que... no le entiendo...

—Lita, no perdamos más el tiempo —cortó Dulley secamente—. Cleo ha sido secuestrada y tú eres la cómplice de los raptos. Lo fuiste desde el primer día, cuando te pusiste las ropas de Cleo y te hiciste pasar por ella en el apartamento de su prometido. He estado pensando mucho y he llegado a la conclusión de que solo hay una persona que pudiera disponer de ese traje y, además, entregar el revólver de la señorita Winterhurst al asesino, sin omitir tampoco el guante supuestamente perdido por ella en el lugar del crimen. Un detalle muy inteligente: fue el guante izquierdo, ya que ello suponía que la mano derecha estaba enguantada, para no dejar huellas en el arma. ¿Estamos de acuerdo, Lita?

Los labios de la joven temblaron perceptiblemente. De pronto, hizo una pregunta que delató su total derrumbamiento.

—¿Cómo lo ha sabido?

CAPITULO VII

—Cuando te pregunté por ella, contestaste que no había dicho adonde se dirigía. Pero luego me entregaste una nota firmada por la propia Cleo. Son dos respuestas contradictorias. Si la hubieras visto por la mañana, ella no habría necesitado dejar una nota escrita —explicó Dulley pacientemente—. Luego empecé a pensar en el traje azul... No hay muchas personas que puedan llevar cosas del ropero y sólo una tiene el pelo largo y rubio y la silueta muy parecida. Con esa vestimenta y unas grandes gafas oscuras, puedes pasar por Cleo, siempre que la gente no se fije demasiado. Por tanto, si habías sido tú la que desempeñó el papel en aquella ocasión, parecía lógico que también estuvieses mezclada en el secuestro.

—Pero yo... No he dicho nada...

—Lo dice la nota. ¿La has leído?

Lita asintió.

—Sí. No encontré nada extraño.

—Porque no sabes latín. —Dulley le enseñó el mensaje—. Fíjate en las dos letras que siguen a la firma. C F, Coactus fecit, «Lo hice bajo coacción». Es decir, escribió la nota bajo amenazas. Ya lo has entendido, ¿verdad?

El rostro de la joven parecía cubierto por una horrible palidez. Dulley decidió seguir presionando.

—Escucha, Lita, hagamos un trato. Dime dónde la han llevado y dejaré que te marches inmediatamente. Pero si no es así, te entregaré a la policía y te acusarán de complicidad en la muerte de Spears. Según la ley, el cómplice es tan culpable como el autor de un crimen. ¿Te das cuenta de que puedes vestir el uniforme gris durante el resto de tus días?

Lita movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, se lo diré.

De repente, lanzó un chillido, abrió los brazos y retrocedió violentamente, para chocar contra la pared y caer de bruces al suelo.

Dulley captó el leve chasquido de un disparo hecho con silenciador y se tiró a un lado. Oyó pasos precipitados, ruido de una silla volcada, un grito de dolor y luego un portazo.

El asesino había conseguido escapar, pero no se preocupó por ello. Lita perneaba aún y se arrastró hacia ella, dándole la vuelta.

—Lita, pronto... ¿Dónde está?

Los ojos de la doncella aparecían ya vidriados.

—Pine Mountain..., al sur... —dijo con un soplo de voz.

—¿Conoces a los secuestradores?

—Ra... de...

La cabeza de Lita se dobló bruscamente a un lado. Dulley se puso en pie.

En aquel momento irrumpió un hombre, con las ropas en desorden y un pómulo enrojecido.

—¡Señor Dulley!

El joven se volvió.

—Hola, Crane —saludó—. Lita acaba de morir.

—Oh..., es espantoso... Me encontré con el asesino cuando escapaba y me golpeó, derribándome... Pero ¿por qué la han matado?

Dulley señaló el traje color fucsia.

—Quizá la confundieron con ella. Me pasó a mí también al principio, cuando entré en el dormitorio. Estaba probándose ese vestido... Ya sabe, las chicas que sirven, a veces, gustan de vestirse con las ropas de la dueña...

Crane asintió.

—Habrá que llamar a la policía, supongo —dijo.

—Muy lógico —convino Dulley.

—Yo venía a hablar con Cleo... No está en casa, supongo.

—Ha salido. Lita no tuvo tiempo de decirme adonde se fue.

Dulley no quería mencionar lo del secuestro. Ahora ya estaba seguro de que Cleo se hallaba en poder de dos sujetos con mucha más experiencia que Wick y Breggs. Y, además, completamente despiadados. Tendría que rescatarla de nuevo.

«Por tercera vez. Esto se está convirtiendo en una epidemia con un sola víctima», pensó.

Parecía divertido, pero no lo era. Ahora, si no actuaba con más cuidado, Cleo podía morir.

* * *

Cleo estaba en una posición que ya empezaba a resultarle familiar: sentada a una silla y sujeta a la misma, aunque ahora había cierta variación. Sus manos estaban libres, mientras los tobillos quedaban sujetos por esposas. Podía incluso ponerse en pie, pero tenía que andar a saltitos, lo que excluía de cualquier modo la idea de una evasión.

Rade Cochran, en mangas de camisa, con tirantes y la pistolera en el sobaco, vino y le trajo una bandeja de comida.

—Tendrá apetito, supongo.

—Un poco, gracias, señor Potter.

Cochran rió.

—No es mi nombre —dijo.

—Eso no tiene importancia ahora. ¿Quién les contrató? ¿Crane?

—Tampoco importa. Supimos que necesitaba dos guardaespaldas.

Nos presentamos nosotros.

—Ya tengo suficiente. Por favor, ¿puedo hacer una pregunta?

—Desde luego. Hable.

—¿Qué piensan hacer conmigo?

—Tiene mucho dinero —respondió Cochran significativamente.

—Pero, ¿han pedido el rescate?

—Lo hará de un modo distinto. Firmará unos cuantos cheques, ¿comprende?

—No he traído el talonario...

—Ya lo buscarán y se lo entregarán, no se preocupe.

Cochran se marchó. El otro vino al poco. A Cleo le pareció menos duro que su cómplice y decidió tantearlo.

—Señor Jamison.

El sujeto se volvió.

—Diga.

—¿Se..., se llama así?

—No, pero puede llamarme Ben. ¿Qué le pasa?

Cleo miró hacia la cocina, en donde se oía ruido de cacharros.

—¿Cuánto piensa cobrar por mi secuestro? —preguntó en voz baja.

Ben Fairey se sobresaltó repentinamente.

—¿Qué diablos pretende? —murmuró.

—Ustedes son simples asalariados. En el mejor de los casos cobrarán veinte, treinta mil dólares, mientras que el autor de la idea se embolsará una fortuna. ¿Le parece justo?

Fairey se rascó la cabeza.

—Pues, Bueno, me gusta cumplir la palabra dada.

—Podría olvidarla por... cien mil dólares.

Hubo un momento de silencio. Fairey se mordió los labios.

Cleo ocultó una sonrisa. Sí, había acertado, era más «blando» que su compinche.

—Y olvidaría haberle visto en alguna ocasión y negaría que fuese uno de los secuestradores, si por casualidad le detiene la policía —agregó la muchacha, para remachar el clavo.

En alguna parte sonó el teléfono bruscamente. Fairey se volvió.

—Yo atenderé la llamada —gritó Cochran.

—Hablaemos luego —siseó Fairey.

Cleo asintió con un leve movimiento de cabeza. Estaba hecho, se dijo. La suma era tentadora para quien no iba a percibir más que una cuarta o tercera parte como máximo, mientras que el «cerebro» se embolsaba un auténtico botín.

Repentinamente, Cochran apareció corriendo, muy agitado.

—¡Ben! —aulló—. Aprisa, nos vamos...

Fairey se asomó a la sala.

—¿Qué sucede? —exclamó.

—No hagas preguntas. Tú eres más fuerte, carga con la chica. Nos vamos inmediatamente.

Cleo sintió que sus esperanzas se derrumbaban en el acto., ¿Por qué abandonaban aquel lugar precipitadamente?

No había más que una respuesta: alguien sabía que estaba allí y sus secuestradores querían llevarla a otro lugar.

* * *

Armado con unos prismáticos, Dulley alcanzó la cumbre de la pequeña loma y empezó a explorar la ladera de la montaña que había al otro lado del valle. Si sus informes eran ciertos, Cleo tenía que encontrarse en alguna de las edificaciones situadas a menos de mil metros de distancia.

Un poco más arriba, la carretera iniciaba ya el descenso al valle. Era conveniente observar antes de pasar a zona visible. Si os secuestradores divisaban su coche, Cleo podía quedar en mala situación. Era lógico pensar que los secuestradores esperaban, en todo caso, un automóvil conocido. Recelarían si divisaban uno que no les fuera familiar.

Había tres o cuatro casas de campo en la ladera, muy separadas unas de otras. Todas aparecían desiertas, pero en una de ellas y ante la fachada, se veía un coche parado.

Era el único a la vista. Dulley supuso que Cleo estaba allí.

De repente, vio que se abría la puerta de la casa. Un hombre salía corriendo, con la muchacha en brazos. Otro le siguió en el acto y escapó, sin molestarse en cerrar la puerta. Los tres subieron al coche, Cleo a la fuerza, y el conductor lo hizo arrancar en el acto.

Dulley abandonó su observatorio instantáneamente. Corrió ladera abajo. Tenía que hacer algo para impedir el paso de los secuestradores. La única solución que se le ocurrió fue atravesar el coche en el camino.

Hizo maniobra en el lugar más angosto. El automóvil de los secuestradores no podría pasar por las cunetas. No las había, debido a la proximidad de las laderas que formaban allí un pequeño desfiladero. Una vez terminada la operación, se apeó y fue a esconderse tras unos arbustos.

Entonces, con desesperación, se dio cuenta de que estaba desarmado.

Había acudido sin el revólver a casa de Cleo. Luego, con las prisas,

se había olvidado de recogerlo., Ahora sólo tenía las manos limpias para atacar a dos forajidos armados y dispuestos a cualquier cosa con tal de conseguir el rescate de la muchacha.

Tanteó el suelo. Había algunos pedruscos y eligió dos de buen tamaño y fáciles de empuñar. No tuvo que esperar mucho.

A los pocos segundos, oyó el rugido del motor, Luego, un coche apareció en la curva. Entonces, Cochran vio el coche atravesado y pisó el freno a fondo, a la vez que lanzaba una espantosa maldición.

El automóvil coleó violentamente, en medio de una espesa nube de polvo. Cochran logró detenerlo a unos centímetros tan sólo del coche de Dulley.

Terriblemente enfurecido, emitió un rugido:

—¡Ben, quita de ahí ese maldito coche!

Fairey se apeó inmediatamente. Cochran lo hizo también, con el revólver en la mano.

Dulley adivinó las intenciones del sujeto. Iba a encañonar a Cleo con el arma. Si había alguien en las inmediaciones, le amenazaría con matar a la muchacha, a menos que se retirase.

Entonces se puso en pie, a la vez que lanzaba un poderoso grito.

Cochran, sobresaltado, se volvió, a tiempo de recibir en el pecho el impacto de un pedrusco, disparado con tremenda potencia.

El golpe le hizo girar en redondo. Otro pedrusco le alcanzó un poco encima del codo. El brazo sufrió una terrible sacudida y el arma se disparó.

Fairey se disponía a subir al coche de Dulley y se estremeció con violencia, a la vez que profería un agudo chillido. Manoteó un poco y cayó de espaldas.

Dulley trató de aprovechar el momentáneo desconcierto de Cochran y le arrojó dos piedras más. El forajido perdió el revólver. De repente, desmoralizado por aquella insólita lluvia de pedruscos, dio media vuelta y huyó a través de la espesura.

El joven abandonó su escondite. Corrió hacia el camino, agarró el revólver de Cochran y disparó unos cuantos tiros en dirección al lugar donde huía el sujeto. No tenía esperanzas de alcanzarle, pero sí de hacerle saber que estaba armado, lo cual le haría desistir de la idea de volver al camino.

Luego se acercó a Fairey y le puso la mano bajo la barbilla. No había latidos en la carótida. Se incorporó limpiándose maquinalmente el polvo de la rodillera del pantalón, y se acercó al coche de los secuestradores.

Abrió la portezuela. Cleo estaba sentada en el asiento posterior y le miró serenamente.

—Hola, arcángel Gabriel —sonrió.

—Di mejor doctor Dulley —pidió él.

—¿Doctor?

—Sí, me he dedicado en los últimos tiempos a curar la epidemia de secuestros que está padeciendo. Dicen que no hay dos sin tres y yo creí hasta ahora que era sólo un refrán, pero veo que estaba equivocado.

—Gabe, anota cien mil más en tu cuenta —dijo ella jovialmente.

—Si lo hago, pensarás que soy el autor de los secuestros.

—¡Oh, qué tonto eres!

—Cleo, ya sabes que no acepto dinero, pero, por lo menos, podrías saltarme al cuello y derramar unas cuantas lágrimas de gratitud —le reprochó él suavemente.

—No puedo, Gabe.

Cleo se ladeó en el asiento y levantó las piernas, unidas en los tobillos por las esposas.

—Si quieres cogerme en brazos, no protestaré —dijo, sonriendo maliciosamente.

—Será un placer, pero habrá que soltar esos preciosos tobillos —contestó él—. ¿Sabes quién tiene la llave?

—Huyó como alma que lleva el diablo, Gabe.

Dulley suspiró. Alargó las manos y sacó del coche a la joven. Sosteniéndola contra su pecho, dijo:

—Temo que vamos a utilizar una vez más los útiles servidos del buen Mike Quentin.

—Si no hay otro remedio...

—Nadie sino él podría hacerlo con facilidad, limpieza y, sobre todo, discreción —contestó Dulley.

CAPITULO VIII

Kearson miró un tanto hostilmente a su visitante.

—Creí que habíamos quedado en paz —dijo.

—Y así es —declaró el joven sin inmutarse—. No he venido a pedirle ningún favor. Sólo quiero hablar con usted.

—¿Cuál es el tema?

—Usted sabe muchas cosas. ¿Por qué persiguen a Cleo de Winterhurst?

Kearson soltó una risita.

—Gabe, pretende demasiado de mí —respondió—. Creo haberle mencionado que no tengo una bolita mágica.

—Lo sé, lo sé, pero hay pocas personas mejor informadas que usted. ¿Por qué no me cuenta lo que sabe? Lo que sus mil pares de ojos y oídos ven y oyen por ahí y luego se lo cuentan a usted. Almacena los conocimientos y, en su momento, los utiliza, si lo cree necesario. ¿Me equivoco?

—Gabe, mis negocios...

—Sé cuáles son sus negocios, los lícitos y los que no son tan lícitos. No voy a largarle un sermón sobre moralidad, no hablarle de lo conveniente que es vivir dentro de la ley, ya tiene años para saber lo que le conviene. Ahora sólo le pido que me diga lo que sabe acerca de la conspiración contra la señorita Winterhurst. Y no me diga que no sabe nada, porque no es un asunto de cien dólares en una partida de dados entre drogadictos en un callejón oscuro. Eso ha tenido que llegar a sus oídos y usted sabe muy bien de qué se trata.

Kearson se puso rígido.

—Gabe, acaba de decirlo, es un asunto de millones. La chica es inmensamente rica. Alguien quiere dar un pellizco a su fortuna. Eso es todo.

—Presiento que sabe más, pero no quiere decírmelo. Eso me da derecho a sospechar que tiene interés en el caso.

—Vamos, muchacho, no me tome por loco. El secuestro no es mi negocio favorito. No lo haría ni por diez millones de dólares.

—Pero puede saber...

—Repito que no. Y no insista, Gabe. Por favor, tengo trabajo —contestó Kearson malhumoradamente.

Dulley se puso en pie.

—A mí me gustaría saber por qué me envió a hablar con Norcutt, un tipo que me recibió pistola en mano —dijo.

—¿Eso hizo Jeff? —se sorprendió Kearson.

—Tuve que sacudirle un buen guantazo para que me dejara en paz —contestó el joven, mintiendo a medias—. Pero si usted esperaba que me dijera algo...

—Lo siento. Yo creí que Norcutt podía darle informes útiles. Ignoro los motivos de su hostilidad.

—Está bien. No se preocupe. Dudo mucho de que volvamos a vernos, a menos que sepa que tiene algo que ver con los secuestros de Cleo.

Kearson se puso una mano en el pecho.

—Le juro que soy inocente —declaró solemnemente.

Dulley asintió, pero no dijo nada. Giró sobre sus talones y salió del despacho.

No estaba muy seguro de la sinceridad de Kearson. Probablemente, sabía mucho más de lo que había querido dar a entender, pero su recelo habitual hacia todo lo que estaba al lado de la ley le impedía dar las respuestas que Dulley hubiera deseado oír. Tendría muy presente el detalle, se dijo mientras entraba en su automóvil.

* * *

En aquellos momentos, era el único cliente. Cabalgó sobre un taburete y miró críticamente a la huesuda mujer que tenía frente a sí.

—No esperaba verte de nuevo, Gabe —declaró Daisy Regan.

—Pues ya ves. Estoy aquí otra vez. La vida da esas vueltas —sonrió Dulley.

Daisy le sirvió una ración de whisky. Luego se acodó en el mostrador.

—Está bien. ¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—Lo primero que debo decirte es que no deseo ponerte en un compromiso. Si temes que mis preguntas pueden tener consecuencias para ti, no me contestes. Por nada del mundo querría colocarte en mala situación, ¿está claro?

—No tengo miedo ni al mismísimo demonio —dijo Daisy—. He roto más cabezas de las que puedo recordar, cuando hay alborotos en mi local. Soy un esqueleto con faldas, pero tengo bastante fuerza. Alguna vez han dicho que merecería ser hombre, pero no me gustaría. Prefiero ser lo que soy.

—Lo celebro —sonrió él—. ¿Conoces a Norcutt?

—Bastante bien, Gabe.

—¿Qué dijo cuando despertó?

—El cuarto estaba limpio. Le dije que le habías sacudido de firme y

se quedó tan convencido. Admirado también, porque era la primera vez que le pasaba en muchos años.

—Estupendo. ¿A qué se dedica, Daisy?

Ella hizo un gesto ambiguo.

—Tuviste una discusión con él, pero págale bien y hará todo lo que le mandes. Me entiendes, ¿no?

—¿Incluso asesinar?

—Depende del dinero, Gabe.

—Comprendo. Dime una cosa. ¿Qué hizo cuando llegó aquella noche a tu casa?

Daisy frunció el ceño, esforzándose a recordar.

—¡Ah, sí! —dijo al cabo—. Llegó y tomó una copa. Luego dijo que se iba a un reservado. Preguntó cuál podía ocupar y le indiqué el número dos. Entonces, me dijo que tú preguntarías por él y que te señalase dónde estaba.

—Es decir, él ya sabía mi nombre.

—Sí, Gabe.

—Perfectamente. Judy, dos preguntas más.

—Lo que quieras, Gabe —sonrió La Flaca.

—¿Cuál es la «tarifa» de Norcutt?

—Depende. Si es un asunto importante, puede cobrar hasta mil pavos.

Dulley arqueó las cejas.

—No es muy caro —dijo.

—Abarata los costos de producción —contestó ella sarcásticamente—. Así tiene más clientes, ¿comprendes?

—Claro. Segunda pregunta: ¿Dónde vive?

—Calle Doce, trescientos treinta y uno, 4F.

—Daisy, no le digas que he estado hablando contigo —aconsejó el joven.

—Descuida.

Dulley sonrió.

—¿Has empezado el régimen?

—Inmediatamente. Oye, ¿por qué no te quedas a comer conmigo? Tengo macarrones con queso rallado, medio cordero asado, patatas con mantequilla y un pastel de hojaldre que te chuparías los dedos. Ah, y también buen vino...

Dulley palmeó la mano de la mujer.

—Ahora estás por los cuarenta y pocos kilos. Necesitas quince más, cremas para la cara, una buena sesión de peluquería, con supresión de las canas prematuras, ropas nuevas... En cuatro semanas, puedes convertirte en otra mujer. El tipo que te dejó plantada no es el único perro en este mundo. Y. tú eres joven, aún no tienes treinta y cinco años...

Daisy se emocionó.

—Voy a cumplir los cuarenta, Gabe.

—Conozco a mujeres de medio siglo que parecen chicas de la mitad de su edad. Haz lo que te digo y verás la vida de otra forma mucho más optimista. Gracias por la cena, pero no puedo quedarme.

Dulley se bajó del taburete. De pronto, sacó una tarjeta y escribió en ella una serie de cifras.

—Mi teléfono y el de una amiga —indicó—. Si sabes algo interesante, llámame en el acto.

—Lo haré, Gabe —prometió Daisy.

Dulley le dedicó una cálida sonrisa y salió de la taberna. Quería hablar con Norcutt, pero le pareció que antes debía hacerlo con Cleo de Winterhurst.

* * *

Cleo llenó las tazas y se sentó frente al joven.

—Tienes algo que decirme —adivinó.

—Sí —contestó él—. El caso es que no sé cómo empezar...

—Bueno, creo que hay ya confianza entre nosotros. Quiero que seas franco. ¿Vas a pedirme que me case contigo?

Dulley saltó de su asiento.

—¡Cleo! ¿Qué estás diciendo? Ni se me había ocurrido...

Ella sonrió.

—Entonces, es algo mucho más sencillo —dijo—. ¿Dinero?

—Sí. Bueno, yo podría hacerlo... Es claro que dispongo de esa suma, pero, a fin de cuentas, vivo de mi trabajo...

—¿Cuánto, Gabe?

—Mil dólares. Quizá dos mil, es posible que deba «convencer» al tipo con el que quiero hablar. Pero con mil, a lo sumo, será más que suficiente. No necesito más, créeme.

Cleo le miró fijamente. Dulley se sintió incómodo.

—Está bien, no he dicho nada...

Ella se echó a reír súbitamente.

—Por favor, Gabe. Es que... pensé que me pedirías una suma enorme..., cien o doscientos mil dólares... Pero dos mil es algo ridículo...

—Sí, para ti, que naciste en la abundancia.

—Lo siento, no quise ofenderte —se disculpó ella, contrita.

Dulley contuvo un taco.

—Soy yo el que debe excusarse —rezongó—. No es tuya la culpa si tu padre era ya dueño de una gran fortuna. Bueno, me parece que no hago más que meter la pata.

—Gabe, por favor, deja de hacerte reproches. Te daré el dinero,

pero, ¿puedo saber para qué lo quieres?

—Un tipo intentó matarme. No conseguiría nada con amenazas ni golpes. Me han informado que mil dólares podrían hacerle soltar la lengua.

—Entendido. Te daré el cheque. No dispongo en casa de tanto en efectivo. Aguarda un momento, por favor.

Cleo abandonó el saloncito donde tenía lugar la conversación y fue a su gabinete de trabajo, de donde regresó al poco con el papel en la mano. Dulley leyó la firma y sonrió.

—No lo has hecho bajo coacción —dijo—. ¿Cómo se te ocurrió poner las iniciales de esa frase latina?

—He leído algunas cosas al respecto. No olvides que estudié Literatura en la Universidad.

—Pero no llegaste a conseguir el diploma.

—Lo haré el próximo curso. Por cierto, cuando te vi por primera vez, estabas pintando. He visto algunos cuadros en tu cabaña. No lo haces mal del todo, Gabe.

—Gracias —sonrió él.

—Podrías intentar exponer tus obras... Pero eres abogado...

—Cuando te rescaté la primera vez, me había ido a la cabaña a descansar unos días. El caso Kearson me había dejado agotado y necesitaba unos días de reposo. Pintar es una especie de sedante para mí, eso es todo.

—Conozco al director de una galería de arte. Si quieres, le hablaré...

—Es prematuro todavía, Cleo.

Dulley se guardó el cheque en el bolsillo.

—Vendré a verte mañana —prometió.

—Cuando quieras, Gabe.

Dulley salió a la calle. Ya era tarde, hacía mucho rato que los bancos habían cerrado, pero conocía a un amigo que le cambiaría el cheque sin hacer preguntas.

Una hora más tarde tenía los billetes en el bolsillo. Entonces se dijo que era llegada la hora de entrevistarse con Norcutt.

CAPITULO IX

Jeff Norcutt le recibió con hostilidad nada disimulada.

—No tengo nada que hablar con usted —dijo.

—Oh, sí, ya lo creo, tienes que hablar mucho conmigo —manifestó Dulley, sin dejarse amilanar por el hosco recibimiento—. Dime, ¿cuánto te pagaron por matarme?

Norcutt respingó.

—Diablos, yo no hago esas cosas —exclamó.

—¿De veras? Los informes que tengo sobre ti son muy explícitos. Haces cualquier cosa por dinero, Jeff, no me vengas ahora con cuentos.

El hampón desvió la mirada.

—A decir verdad, sólo tenía que asustarle —contestó.

—¿Por cuánto dinero?

—Quinientos «pavos».

—¿Quién te los dio?

Norcutt hizo un gesto de desagrado.

—Nunca traiciono a un «cliente» —contestó.

—A menos que otro pague más.

—¿Qué quiere decir?

Dulley sacó el rollo de billetes de a cien. Separó diez y los extendió en abanico.

—Me parece que soy bastante claro —contestó.

Hubo un momento de silencio. Norcutt parecía ahogarse.

De pronto, extendió una mano hacia los billetes, pero la retiró antes de tocarlos, como si estuviesen hechos de planchas de hierro al rojo vivo. Se pasó una mano por la cara, lanzó una maldición y empezó a pasearse por la estancia.

—¡Condenación, esto podría costarme el pellejo!

Impasible, Dulley añadió dos billetes más.

—Jeff, mil doscientos —anunció lacónico.

Norcutt volvió a contemplar el dinero. Juró de nuevo y siguió con sus paseos. De pronto se detuvo junto a la ventana y miró hacia la calle.

Casi en el mismo instante, dejó lanzar una exclamación de pánico. Dulley, intrigado, corrió hacia la ventana.

Un hombre se apeaba de un coche parado junto a la acera y se

dirigía hacia la puerta del edificio. Le pareció vagamente conocido, aunque no se sentía capaz de identificarlo en aquel momento, debido a la perspectiva.

—Jeff, ¿quién diablos es? —preguntó, a la vez que se volvía hacia el sujeto.

Pero la estancia se hallaba vacía. Dulley comprendió entonces que Norcutt trataba de escapar por la escalera de incendios.

Oyó el ruido de la ventana al abrirse y corrió hacia el dormitorio, situado en la trasera del apartamento.

Norcutt se tiraba más que descendía por la escalera, que terminaba en un callejón lleno de trastos viejos y cubos de basura. Por prudencia, Dulley se abstuvo de llamarlo a gritos, además de que sabía que Norcutt no le haría el menor caso.

Maldijo entre dientes. Norcutt llegaba ya al suelo y se disponía a correr en busca de la salida. Dulley pensó que el sujeto que tanto pánico le había causado a Norcutt llegada muy pronto al apartamento. Tenía que pensar algo para eludir el encuentro.

Entonces, inesperadamente, el hombre apareció en la entrada del callejón.

Sonreía perversamente. Para Dulley resultó indudable que el hombre había adivinado que Norcutt le vería y que trataría de utilizar la escalera de incendios.

Norcutt se detuvo en seco. A dos pasos de distancia, Cochran le metió una bala en la frente. El disparo no se oyó, porque el arma tenía un magnífico silenciador.

* * *

—Hemos perdido el tiempo —dijo Dulley aquella misma noche.

Cleo le miró con simpatía.

—¿Crees que importa mucho? —preguntó.

—¡Claro que importa! Si no encontramos pronto al autor de esos hechos, volverán a raptarte. ¿No te parece que debemos acabar de una vez por todas con este asunto?

—Sí, aunque pienso que, si lo pusiéramos en manos de la policía, quizá conseguiríamos...

—La policía se limitaría a unas investigaciones de rutina y a ponerte vigilancia. Dentro de unas semanas, retirarían esa vigilancia y volveríamos a las andadas.

—Está bien —dijo Cleo—. De todos modos, no sé qué solución podemos dar a ese problema. No tengo la menor idea de la persona que lo ha organizado.,

—El primero fue Spears. Estaba hasta el cuello de deudas. Pensó que dos millones podrían resolver su problema y marcharse del país con su

fulana. Por cierto, ¿tienes alguna idea de quién pueda ser?

Cleo movió la cabeza tristemente.

—No —contestó—. Aunque sé que miraba a la pobre Lita con ojos de carnero degollado.

—Lita —repitió él—. Sí, tal vez ella... Estaba metida en el asunto y le pagaron con un tiro en el corazón.

—Y no se sabe quién lo hizo.

—Crane declaró que podría identificarle. Se tropezó con el asesino, pero éste le golpeó y lo derribó, saltando por encima de él.

Callaron un momento. De pronto, sonó el teléfono, sobresaltándoles.

Cleo reaccionó y levantó el aparato. Escuchó un momento y luego miró desconcertada al joven.

—Oye, ¿quién es La Flaca?

Dulley sonrió.

—Una buena amiga. Su marido la dejó plantada y ella dejó de comer y se quedó en los puros huesos. Dame el teléfono, por favor.

La voz de Daisy sonó en los tímpanos del joven.

—¿Gabe?

—Sí, yo mismo. Habla, Daisy.

—He oído noticias nada agradables. Cochran está buscándote.

—Me lo imaginaba. ¿Algo más?

—Eso es todo. Ten cuidado. Me han dicho que parece un perro rabioso.

—Lo tendré en cuenta. No pierdas el apetito, Daisy.

—Lo perderé si te sucede algo —dijo ella plañideramente.

Dulley se echó a reír.

—Descuida, no me pasará nada. Gracias.

Colgó el teléfono y se volvió hacia la muchacha.

—Cochran me busca —dijo lacónicamente.

Cleo se puso una mano en el pecho.

—Pudo huir cuando me rescataste —dijo.

—Sí.

—Escucha, no vuelvas a tu casa. Aquí estás seguro. Cerraremos bien puertas y ventanas, ¿has comprendido? Y si es necesario, llamaremos a la policía...

Dulley reflexionó unos momentos. Luego sonrió.

—Voy a la cocina a buscar un arma —dijo.

Regresó a los pocos momentos con algo que hizo parpadear a Cleo.

—Es un arma de chiste —exclamó ella.

—Sí, siempre se ve a la esposa madura, gorda, con bata y zapatillas, aguardando detrás de la puerta al esposo calavera, cuando éste vuelve a las tantas de la madrugada, con unas cuantas copas de más en el cuerpo. Pero un rodillo de amasar hace pupa si se sabe emplear adecuadamente.

—¿Llamamos a la policía? —dijo ella, aprensiva.

—Ya te dije que no hacía falta —Dulley frunció el ceño—. Cochran me busca. Bien, pues me va a encontrar —añadió resueltamente—. Ven conmigo, por favor.

Juntos recorrieron toda la planta baja, asegurando las ventanas. Debajo de cada una de ellas, Dulley colocó pequeños obstáculos que no impedirían el paso al asesino, pero que harían el ruido suficiente para avisar de su presencia en la casa, si conseguía forzar sin ruido alguno de los huecos. Usó botellas, vasos y copas, y junto a la puerta posterior, colocó una pequeña torre de vasos, que sería derribada indefectiblemente si alguien la empujaba desde el exterior.

Al terminar, Dulley se volvió hacia Cleo.

—Bien, ya está. Puedes acostarte.

Ella denegó con un gesto enérgico.

—No, no podría dormir —contradijo—. Me quedaré contigo.

—Muy bien, como quieras —Dulley blandió el rodillo—. Puedo partirlle el cráneo si le atizo de firme —agregó.

Y lo haría, si se veía en peligro, se prometió firmemente a sí mismo.

* * *

En la casa reinaba el silencio absoluto. El sueño había rendido a Cleo, quien se hallaba tendida en el diván, durmiendo apaciblemente. Dulley, sentado en un butacón, contempló sonriendo su hermoso rostro, oculto en parte por un rizo de su hermosa cabellera.

Era una muchacha magnífica. «Pero no es para ti», pensó.

Inevitablemente, pasaría todo y ella volvería a su existencia habitual, muy distinta de la suya. Él tendría que trabajar, regresaría a sus tareas, actuaría en los tribunales...

Era mejor no soñar con doradas perspectivas, que se desharían luego como un copo de nieve al sol del mediodía. Trató de concentrar sus pensamientos en el autor de los conflictos que tanto daño habían causado a la muchacha. Debía descartar el segundo secuestro, realizado por dos hampones de segunda categoría. Pero ¿y los otros dos?

Spears, pese a todo, no había actuado por sí sólo. Pedía dos millones de rescate, pero... ¿iba a quedarse él con todo el dinero?

En cuanto a Cochran, su compinche, estaba claro de que alguien le había avisado de que él iba a buscar a la muchacha. ¿Quién había sabido que Lita le había informado del lugar donde Cleo estaba secuestrada, si nadie más que él había oído sus últimas palabras?

De pronto, dio una cabezada. El sueño hacía pedazos sus párpados. Suspiró y se relajó un poco. En el mismo momento, oyó estrépito de vidrios rotos en la cocina.

Inmediatamente se puso en pie. Cleo despertó, alarmada. Dulley se puso un dedo en los labios.

—No hagas ruido —susurró.

Ella se sentó inmediatamente. Dulley corrió hacia la cocina, armado con el rodillo. Al asomarse, vio la puerta entreabierta y la torre de copas y vasos derribada en el suelo. La mayoría se habían roto, pero no había señales de presencia ajena en la casa.

Durante un segundo, se detuvo en el umbral. ¿Y si Cochran estaba junto a la puerta, oculto tras la misma, con la pistola en la mano y dispuesto a hacer fuego en el momento en que diese un paso adelante?

Su frente se inundó de un sudor frío. Pero había un silencio absoluto. Oiría su respiración, se dijo.

Entró en la cocina, vio que no había nadie y comprendió en el acto que todo había sido un ardid para alejarlo de Cleo.

En la sien de la muchacha se apoyaba una pistola. Cleo hacía esfuerzos por mirar de reojo, pero apenas sí podía captar detalles del hombre que empuñaba el arma.

—Llémele —dijo Cochran—. Use un tono natural. Dígale que venga con una jarra de agua y un vaso. Usted tiene sed, ¿entendido?

Cleo asintió. Dulley llegaría con las dos manos ocupadas y no podría defenderse. Cochran, calculó, suponía que el joven tenía una pistola. No era cierto, pero daba lo mismo.

—Vamos, llámele —ordenó el pistolero en voz baja.

Cleo aspiró con fuerza.

—C. F., tráeme agua, por favor! ¡Una jarra y un vaso! ¡Tengo mucha sed, C. F.!

Dulley oyó la voz de la muchacha cuando iniciaba el regreso y se detuvo en seco.

—¿Qué significa ese C. F.? —gruñó Cochran.

—Oh... Es el diminutivo familiar. Le llaman así desde chiquitín.

—Muy bien. Repita la llamada. ¡Vamos!

—¡C. F., tengo sed! —gritó Cleo.

Dulley retrocedió cautelosamente y abrió uno de los grifos de la cocina. La distancia era grande, pero, dada la hora, podría oír el ruido del agua al correr libremente.

—Ya voy, Cleo —gritó—. Un momento, por favor.

Empuñó el rodillo resueltamente. Como repuesto, agarró la botella de licor.

El asesino, pensó, le había atraído a la cocina, para entrar por otro sitio. Seguramente, les observaba desde hacía mucho rato y había podido ver las trampas que le preparaban. Así que había entrado por otro sitio, sin hacer el menor ruido.

—Bien, Cochran —murmuró—. Ahora nos vamos a ver tú y yo las caras.

Hizo una profunda inspiración y avanzó hacia el salón.

CAPITULO X

Dulley llegó a la puerta y se detuvo un instante. De súbito, agarró una silla que había al lado y la arrojó a gran distancia.

El estrépito sobresaltó a Cochran, quien volvió la cabeza instintivamente hacia el lugar donde se había producido la caída de la silla. En el mismo instante, Dulley franqueaba la puerta de un salto.

El rodillo voló por los aires, golpeando el pecho del pistolero con tremendo impacto. Cochran trastabilló, retrocediendo con los brazos en alto. Tropezó con algo y el revólver se le escapó de la mano, al intentar buscar un asidero para no caer al suelo.

Entonces vio al joven que se le arrojaba encima, blandiendo una botella. El rostro de Dulley le hizo sentir un pánico terrible. Aquel hombre estaba dispuesto a matarle, pensó, en una fracción de segundo.

Estaba sosteniéndose en el respaldo de una silla y apenas si tuvo tiempo de moverla un poco, interponiéndola en la carrera de Dulley. Luego, espantado, huyó hacia la ventana que había abierto instantes antes.

Cuando la alcanzaba, la botella le alcanzó en los riñones. Gritó de dolor, pero el impacto no fue suficiente para detenerle. Saltó al jardín y se perdió a toda velocidad en las sombras de la noche.

Cleo se puso en pie y corrió al lado del joven.

—¡Gabe!

Dulley le pasó un brazo por los hombros y le acarició el cabello.

—Estoy bien —dijo—, ¿Te ha hecho daño?

—No. Sólo quería hacerte venir, con las dos manos ocupadas. Seguramente pensaba que tenías un arma.

Dulley se inclinó, recogió el revólver de Cochran y lo metió en la pretina de los pantalones.

—Ahora sí la tengo, y no me desprenderé de ella ni para dormir —aseguró ceñudamente.

—Eludió nuestras trampas...

—Seguramente nos estuvo observando sin que nos diéramos cuenta. Por eso aguardó a que pasara el tiempo. Tarde o temprano, nos relajáramos...

Un tipo astuto, además de despiadado, pensó Dulley. Ahora Cochran lo hacía tanto por dinero como para vengar la humillación sufrida.

Pero, a pesar de todo, Cochran no era hombre que actuase por sí en un caso semejante. Alguien estaba detrás de él. ¿Quién era?

—Gabe, ¿supiste que me pasaba algo cuando te llamé? —preguntó Cleo.

—Desde luego —sonrió él—. Las dos iniciales me pusieron sobre aviso. Fue una buena idea.

Cleo lanzó un hondo suspiro.

—Pero ese tipo sigue vivo todavía...

—Acabaré por arrancarle los dientes —vaticinó Dulley con firme acento.

* * *

—Tú siempre vienes a sonsacarme, pero yo nunca obtengo ningún beneficio —se quejó Andrea Garnett, a la vez que servía una copa a su visitante.

Se inclinó exageradamente. El escote de la bata, única prenda que llevaba sobre su cuerpo, se abrió de golpe. Andrea se acercó un poco más y acarició el rostro del joven con los senos, redondos, tersos, cálidamente firmes.

—Cariño, en estos momentos no me encuentro en disposición de ánimo suficiente para lo que pretendes —declaró Dulley—. Te prometí una velada y lo cumpliré... Pero ahora necesito que me ayudes.

Ella se irguió y cerró la bata, un tanto despechada.

—Está bien. Dilo de una maldita vez —contestó.

—Spears —dijo Dulley—. Era el prometido de Cleo de Winterhurst. Ella es inmensamente rica. Iba a casarse. Cleo se enojó, porque él tenía una amante. O quizá porque andaba con más mujeres, da lo mismo. Pero si ella le había perdonado, ¿por qué tuvo que secuestrarla?

—Por dos millones, tú me lo dijiste...

—No, no. Spears era lo suficientemente hábil como para conseguir el perdón de Cleo. Se hubieran casado, aunque el divorcio era algo inevitable dentro de un año o dos. Spears podía haber sacado una sustanciosa indemnización, aparte de haber pasado dos años con una mujer de grandes atractivos físicos. Un secuestro en estas circunstancias resulta impensable, a menos que tuviera poderosos motivos para ello.

—Chantaje —dijo Andrea.

—Chantaje —repitió él, profundamente pensativo—. Eso lo explica todo. Él tenía deudas hasta más arriba de la coronilla, pero las habría pagado después de la boda. Esto, sin embargo, no era demasiado seguro a los ojos de cierta persona... ¿Conoces el nombre, Andrea?

Dulley levantó los ojos y vio que la mujer aparecía muy seria, casi

pálida.

—A ti también, ¿eh? —adivinó.

El pie de Andrea, calzado con un zapato de altísimo tacón, golpeó furiosamente el suelo.

—A mí también, maldita sea —contestó—. Gano mucho dinero con mi actividad de... intermediaria amorosa. Pero ese hijo de puta se me lleva casi el setenta y cinco por ciento de las ganancias.

—No está mal. Setenta y cinco centavos de cada dólar. Andrea, no te preguntaré los motivos del chantaje, pero sí el nombre de la persona que te estruja como si fueras un limón.

Ella entornó los ojos.

—¿Qué harías, si te lo digo?

—Si se trata de documentos, ¿dónde los guarda?

—Tiene un archivador en su despacho. Sólo él lo maneja. Media ciudad está en sus manos. Hay mil tipos, bueno, hombres y mujeres, que le tienen informado constantemente.

En aquel instante, Dulley recordó una frase que había escuchado un par de veces. «Tengo mil pares de ojos y oídos que ven y escuchan para mí.»

Sonrió a la vez que se ponía en pie.

—Gracias, no es necesario que me digas su nombre. Debiera haberlo adivinado hace tiempo, pero a veces, ya sabes, tienes la solución en las narices y no eres capaz de verla.

Cuando llegaba a la puerta, Andrea pronunció su nombre.

—¡Gabe!

—¿Sí, muñeca?

—Me debes una velada, no lo olvides.

—Y tú, ¿qué me deberás si te libero de esos documentos?

—¡Otra velada!

Dulley se echó a reír.

—¡Ninfómana! —la apostrofó cariñosamente.

Salió a la calle y se preguntó cómo podría llegar hasta el archivador de Kearson. No tardó mucho en encontrar el nombre de la persona que le podía ayudar a dar con la solución del problema.

Daisy Regan le escuchó con interés. Cuando Dulley hubo terminado de exponerle sus problemas, hizo un gesto de asentimiento.

—Conozco al tipo ideal —declaró—. Pero te daré una advertencia.

—La acepto —sonrió él.

—Puede ser peligroso.

—Tu amigo, ¿es hábil?

—Sí, pero cobrará caro, sabiendo que corre un grave riesgo.

Dulley pensó que tenía aún el dinero que debía haber entregado a Norcutt. Si costaba más, lo pondría de su bolsillo. A fin de cuentas, también su vida estaba en juego.

—¿Cuánto? —preguntó.
—Entre mil quinientos y dos mil —respondió Judy.
—Serán tres mil, si puede trabajar esta noche.
—Procuraré conseguirlo por dos mil, aunque empezaré por una oferta tipo subasta —dijo ella maliciosamente—. Espera un momento, voy a usar el teléfono.

Daisy fue a un cuartito donde tenía su despacho y permaneció allí unos minutos. Al fin, regresó al mostrador.

—Se llama Sony Tear, alias Mosquito. No se enfada si usas el apodo. Dos mil quinientos, no he podido rebajar más.

—De acuerdo. ¿Dónde y cuándo?

—Te espera a las once, en la esquina de la Cuarta y Battlewood. Llevará un bastón con puño de marfil y una flor blanca en el ojal de la solapa. Es un tipo atildado, ¿sabes? Pero tiene unas manos de plata...

Dulley se acarició la mejilla.

—Sigue alimentándote —aconsejó.

* * *

Sony Tear entró en el coche y se sentó junto a su conductor.

—El dinero —pidió.

Dulley le entregó el sobre.

—Cuenta, Sony.

Tear examinó el interior del sobre y, satisfecho, lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.,

—Explíquese, por favor.

El joven empezó a hablar. Tear asintió, instantes más tarde.

—Acepto con una condición.

—¿Una condición? Mosquito, ya te he pagado...

—Espere, hombre. En esos sitios, a veces, hay dinero. Los tipos como Kearson lo necesitan para ciertos asuntos nada limpios. Si lo encuentro, me lo llevaré. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Sony.

—Habrá dinero —aseguró el ladró plácidamente—. Y así, yo me iré una larga temporada a Florida. Hace años que quiero hacerlo y...

—Mosquito, no me cuente sus problemas. Quiero una cosa y eso es todo lo que me interesa —dijo Dulley con acento seco.

Se sentía desazonado. Era un defensor de la ley y la iba a quebrantar. Por un instante pensó en abandonar la partida, pero luego se dijo que lo que iba a hacer formaba parte de su plan, que le permitiría dormir tranquilo en lo sucesivo. Desechó los escrúpulos. No podía tenerlos con un hombre como Kearson.

Una hora más tarde, Tear abrió el primer cajón del archivador. Dulley empezó a buscar en las carpetas. Ciertamente, Kearson podía

parecer un tipo descuidado, pero no lo era. Con otro que no hubiese sido tan hábil como Tear, las alarmas hubiesen funcionado de inmediato y el sujeto había sabido utilizarlas con singular habilidad.

A los pocos momentos, encontró los documentos relativos a Spears. Empezó a repasarlos y, de pronto, vio un nombre conocido.

Junto al nombre, había una anotación. Dulley estudió el documento durante unos segundos. Luego, presa de una súbita inspiración, buscó la carpeta situada en la letra C.

Era una carpeta muy gruesa. Dulley se pasmó de la cantidad de información que había reunido Kearson acerca del sujeto. Sí, Kearson tenía mil pares de ojos y oídos que veían y escuchaban para él.

Al terminar, buscó la carpeta de Andrea. Había llevado un saquete de tela y metió las tres carpetas en su interior. Kearson notaría su falta, pero ya no podría hacer nada.

Tear, a su lado, lanzó una exclamación.

—Mire —dijo—. El muy roñoso... Cuatrocientos dólares, es todo lo que había en este sobre... Bandido, no hay derecho a defraudar así a la gente...

Dulley contuvo una sonrisa.

—Sony, sospecho que va a tener que posponer su viaje a Florida —dijo—. Lo siento de veras.

Tear hizo una mueca.

—Me dan ganas de pegar fuego a este maldito archivo...

—No lo haga. Hay sensores contra incendios. Funcionarían antes de haber salido del edificio.

—Eso es verdad. Bien, ¿nos vamos?

Momentos después, estaban en la calle. Dulley dejó al ladrón en el mismo sitio en que se habían encontrado. Luego fue a casa de Cleo. Seguía siendo el lugar más seguro.

Cleo estaba levantada y le recibió ansiosamente.

—¿Todo bien, Gabe?

—A las mil maravillas —sonrió el joven.

—Lo celebro. En cambio, yo he encontrado algo que me tiene muy preocupada.

Cleo le enseñó un revólver con silenciador. Dulley frunció el ceño.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó.

Ella señaló una enorme maceta con una gran palmera de salón, situada al pie de la escalera que conducía al primer piso.

—Por casualidad —contestó—. Bajaba del dormitorio y vi un chispazo en la tierra de la maceta. Me acerqué para verlo mejor... y encontré el revólver. ¿Quién lo ha dejado aquí, Gabe?

Dulley señaló el saquete que tenía en la mano.

—Ahora ya lo sé —contestó—. Debiera haberlo adivinado hace tiempo. Pero no se me ocurrió, precisamente porque la solución era

demasiado sencilla. Cleo, si no te importa, le prepararemos una trampa.

—Lo que tú digas.

—Ahora ya no, porque es un poco tarde. Le llamarás después de mediodía. Que venga al atardecer, ¿comprendes?

—Sí, Gabe. ¿Y después?

—La policía llegará a tiempo de echarle el guante y acabar con nuestros problemas —aseguró Dulley rotundamente.

CAPITULO XI

La nueva doncella recibió al visitante con gran amabilidad.

—Soy Crane —dijo él.

—La señorita tiene una visita en estos momentos. ¿Quiere aguardar unos minutos, por favor?

—Con mucho gusto.

Crane quedó en el vestíbulo. Su portafolio fue a parar encima de una silla. Sacó un paquete de tabaco, se puso un cigarrillo entre los labios y lo encendió con aire absolutamente natural.

Transcurrió un minuto. De pronto, Crane echó a andar hacia la escalera, pero, en lugar de subir al primer piso, se acercó a la palmera.

Miró a derecha e izquierda. Al fin, se inclinó un poco y escarbó con los dedos en la tierra. No tardó en percibir el duro contacto de la culata del revólver. Cuando lo sacaba, brilló un vivísimo chispazo.

Alarmado, se volvió. Dulley, armado con una cámara fotográfica, sonreía placenteramente. En cambio, Cleo, a su lado, permanecía muy seria.

—Eso es lo que se suele decir pillarle a uno con las manos en la masa —dijo Dulley irónicamente—. Crane, no hubo un asesino que le golpease. Lo hizo usted mismo, después de matar a Lita, su cómplice y amante. Hay otros crímenes de los que se le puede acusar, pero éste será más que suficiente para enviarle a la cárcel para el resto de sus días.

Crane tenía los ojos fuera de las órbitas.

—Oiga, este revólver no es mío... Es... Bueno, un amigo, me pidió que se lo buscase...

—Vamos, vamos, Crane, ¿quién podría creer semejante fábula? Lo que sucede es que las cosas le han salido mal. Usted pensaba obtener un magnífico botín con el secuestro de Cleo y, de este modo, habría tapado los agujeros que ha abierto con su conducta desatentada. Mujeres hermosas, carreras de caballos, apuestas en las mesas de juego... Todo eso cuesta mucho dinero y su sueldo, aun siendo excelente, no basta para cubrir determinadas necesidades que usted mismo se había creado. Pero tenía cierta ventaja, y era la de su puesto en la firma de abogados que administran la fortuna de Cleo. El cargo de jefe contable permite muchas cosas, por ejemplo, ir al Banco, sacar dinero, arreglar los libros...

»Lo malo del asunto es que algún día se debe realizar una inspección de los libros y el asunto sale a relucir. ¿Cómo se tapa el asunto? Con un secuestro y un rescate de dos millones, así de sencillo. Pero si las cosas se complican, el plan puede irse al diablo... y entonces se recurre a la pistola. Lita era su cómplice y usted se dio cuenta de que iba a hablar. Cuando llegó aquí, yo estaba hablando con ella. Por eso, después de matarla, simuló el encuentro con el asesino. Disparó, mató a Lita y corrió escaleras abajo. Escondió el revólver y subió a los pocos minutos, con el bonito cuento del ataque del asesino. Pero entonces se dio cuenta de que Lita quizá podía haber hablado antes de morir y llamó por teléfono a sus secuaces, Fairey y Cochran, para que se llevaran a Cleo a otro sitio.

»Y, además de las deudas, estaba agobiado por el chantaje que le hacía Kearson. Tenía que satisfacer sus incesantes demandas y no sabía cómo hacerlo. Es muy probable que Kearson le sugiriese la idea, como, seguramente, hizo con Spears. En fin, la Policía examinará ese revólver y sabremos si fue usted el que liquidó a Sharkey o lo hizo otro. Eso es algo sin importancia, comparado con el asesinato de Lita. Lo realmente importante es que ya no volverá a darnos más quebraderos de cabeza.

En los ojos de Crane apareció de pronto un destello de demencia.

—Creo que no lo va a repetir a nadie —dijo, a la vez que levantaba la pistola.

—¿Dos asesinatos más sobre su conciencia? —sonrió Dulley.

—No permitiré que declaren contra mí...

—¡Un momento, Crane!

Kearson irrumpió en el vestíbulo, seguido de Cochran. Crane se sobresaltó.

—¿Qué quiere? —preguntó de mal talante.

—Si tiene alguna cuenta que ajustar con Dulley, ajústela, pero después de que yo haya hablado con él. ¿Entendido?

Cochran sonreía venenosamente.

—Voy a divertirme mucho viéndole caer muerto —dijo.

Dulley seguía sonriendo.

—Le gustan los espectáculos morbosos —comentó—. Pero tendría que haberse visto a sí mismo, cuando yo le corría a botellazo limpio. Fue algo enormemente divertido...

Cochran soltó una maldición. Kearson extendió una mano.

—Calla —ordenó—. Dulley, ¿dónde tiene lo que se llevó de mi despacho?

—¿Cómo sabe que lo hice yo?

—Me lo imagino. Es usted el único que tenía interés en resolver los problemas de Andrea Garnett. Devuélvame la carpeta y olvidaré todo.

—¿Para qué voy a esforzarme en hacer lo que me pide, si dentro de

unos instantes voy a morir? —respondió el joven.

—No morirá, si me devuelve las carpetas —insistió Kearson.

—Eso dígaselo a Crane. Puede que le interese. También él figuraba en su archivo, como Spears... Kearson, en realidad, el verdadero culpable es usted. Fue usted quien sugirió a Spears la idea del secuestro y luego a Crane. Los tenía a los dos cogidos por el cuello, le debían enormes sumas de dinero y no sabía cómo recuperarlo. Pero ése es el inconveniente de tratar con aficionados, aunque usted mismo les indicase nombres de tipos que podían ayudarles: Eckner, Fairey, Cochran... En realidad, el único beneficiario hubiera sido usted, porque hubiera continuado con sus chantajes, y ahora exigiendo aún más dinero por su silencio. Sí, el hombre que movía los hilos en la sombra, el verdadero autor de todos los crímenes que se han cometido, aunque no haya empuñado un arma un solo instante...

Hubo una chispa de furia en los ojos de Kearson. Pero logró dominarse.

—Le he propuesto un trato, Dulley. Deme las carpetas y no morirá.

Agitó una mano y señaló a Crane.

—¡Rade, mávalo!

Crane lanzó un chillido y apretó el gatillo de su revólver, pero no salió ningún disparo. Cochran hizo fuego tres veces. Crane saltó despedido hacia atrás y rodó por tierra.

En el mismo instante, Dulley se lanzó hacia adelante, con las manos extendidas, y dio un tremendo empujón a Cochran. El pistolero fue empujado a un lado. Al caer, giró un poco y chocó con el cuerpo de Kearson.

Sonó un cuarto estampido, algo más apagado. Kearson abrió los ojos desmesuradamente, a la vez que sus facciones se deformaban por el dolor.

—¡Cerdo, me has... matado...! —jadeó.

Cochran, aturdido, retrocedió un paso. Un pie golpeó su mano derecha y el revólver saltó por los aires. Luego, Dulley disparó el puño contra la mandíbula del asesino.

—¡Pagarás la muerte de Norcutt! —murmuró, al verlo caído en el suelo.

Hutchins entró en aquel momento, seguido de algunos policías de uniforme. Dulley le miró sarcásticamente.

—No me digas que te encontraste con un gran atasco de tráfico —exclamó.

Hutchins torció el gesto.

—Esto no es cosa de broma, me parece —refunfuñó, a la vez que señalaba los cuerpos caídos en el duelo.

—No, pero a partir de ahora, podremos dormir sin problemas —contestó. Lanzó una última mirada a Kearson. Debiera haberlo

comprendido antes, cuando le envió a la entrevista con Norcutt, para quitarlo de en medio, porque veía en él un peligroso enemigo para sus planes. Norcutt, después, se había convertido en un peligro temible, debía de conocerlo muy bien y sabía que, pese a su apariencia de dureza, era un tipo flojo.

Kearson había tenido mil pares de ojos y de oídos, pero ya no veía ni oía nada. Cochran sería retirado de la circulación para siempre.

¿Y él?

Era un problema que tenía que resolver personalmente, pero pasaría un tiempo antes de que pudiera encontrar la solución adecuada.

* * *

Salió de la tienda de arte cargado con un gran montón de paquetes y se dispuso a colocar todo en su coche. Hacía ya un mes que todo había concluido. En aquel intervalo, había tenido un par de casos, resueltos satisfactoriamente. Ahora se iría a descansar una semana en su cabaña, volviendo de nuevo a su afición favorita: la pintura.

De pronto, oyó que le llamaban:

—¡Eh, Gabe!

El joven se volvió. Por encima de los paquetes, vio una atractiva mujer, de pelo claro y cuerpo agradablemente relleno.

—Pero ¿es que no me conoces? —exclamó ella—. ¿Tan cambiada estoy, Gabe? ¡Soy Daisy, hombre!

—Por todos los... Es increíble —dijo Dulley, sinceramente admirado—. Estás completamente cambiada...

Daisy se pavoneó, satisfecha de su nueva apariencia.

—Tenías razón. Había perdido el apetito por alguien que no se lo merecía. Ahora me encuentro mucho mejor y hasta con ganas de... Oye, ¿por qué no vienes esta noche, después de cerrar? Lo pasaremos bien, te lo aseguro...

—Gracias, Daisy, pero me voy de vacaciones. Quizá a la vuelta...

—Ven siempre que quieras, Gabe. Para ti no faltará nunca un trago... y lo que desees.

—Celebro verte tan optimista, Daisy. Te felicito de veras.

—A ti te lo debo. No lo olvidaré nunca.

Daisy le besó en una mejilla. Luego se marchó.

Alguien lanzó un silbido de admiración. Dulley oyó una alegre carcajada. Dejó los paquetes en el maletero y se sentó tras el volante, muy pensativo. Andrea había quedado libre, pero, pese a su promesa, no había vuelto a verla. Y él no había resuelto todavía su problema.

Hizo girar la llave de contacto y se despegó de la acera. Tenía toda una semana de tiempo para reflexionar.

Terminó la sesión de pintura, recogió los trabajos y emprendió el regreso. Al llegar a la cabaña, dejó todo en el porche. Luego abrió la puerta.

—¿Eres tú, Gabe? —sonó de pronto una voz inconfundible—. Anda a lavarte un poco, el almuerzo estará dentro de cinco minutos.

Antes de entrar, Dulley miró a su alrededor. Cleo volvió a hablar:

—Me trajo Quentin en su coche. Yo tuve un pinchazo justo en la puerta de su taller.

Dulley asintió y cruzó la cabaña. Cleo estaba ante el fogón, enormemente atractiva, con camisa, pantalones cortos y un delantal. El pelo quedaba recogido por una ancha cinta roja, que le confería un singular encanto.

—Eres un pozo de sorpresas —dijo—. Incluso sabes cocinar.

—No es mi afición favorita, ni me agrada pasarme el día en la cocina, pero sé desenvolverme. Cuando te hayas lavado, prepara la mesa.

—Está bien.

Cleo llegó poco después, con una sopera en las manos.

—¿Cómo te sientes, Gabe?

—Sorprendido.

—Agradablemente, supongo.

—En parte, sí. Pero también algo desconcertado.

—¿Por qué?

Dulley vaciló. Luego metió la cuchara en el plato.

—¿Cuánto tiempo piensas estar aquí?

—Oh, no lo sé. Ocho, diez, veinte días... Eso depende de ti.

—Cleo, si te quedas, puede ocurrir que...

Ella se sentó frente al joven y sonrió.

—Está todo preparado —dijo—. A las cinco, llegarán Quentin, su esposa y el juez de paz de Herndon Bluffs. Los Quentin serán testigos y pasaremos aquí la luna de miel. Es decir, si me aceptas...

Hubo un momento de silencio. Luego, Dulley, muy serio, dijo:

—Cleo, piénsatelo bien. Mañana habrá unos titulares en los periódicos: «JOVEN ABOGADO SE CASA CON RICA HEREDERA». ¿Te gusta la perspectiva?

Ella apoyó los codos en la mesa y le miró fijamente.

—Gabe, ¿te casas con la opinión pública o conmigo? ¿Me quieres a mí o a mi fortuna?

—La fortuna puede ser un obstáculo en el futuro...

—No, si hay amor y comprensión, y si él es un hombre honesto y sincero. Trata de entenderlo, Gabe.

—Vas a conseguir que me rinda...

—Vamos, vamos, te has rendido desde que me viste —rió ella—. No comentes más ese tema. Queda prohibido a partir de este momento, ¿comprendes?

Alargó la mano y la puso sobre la de Dulley.

—Necesito seguridad y sólo tú puedes dármela —añadió sinceramente.

—Eso no te faltará jamás —prometió él.

Apretó la mano de Cleo y sonrió.

—Pero, sobre todo, tendrás amor —afirmó.

—Es lo único que deseo en este mundo —dijo Cleo.

F I N

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**